

DESUBICADO



¿A ti
qué te ha
tocado?

AARON AMAT

¡Gracias!

¡Gracias por descargar mi libro! Si te gusta, puedes [suscribirte aquí](#) y te avisaré cuando publique uno nuevo:

aaronamat.com

Introducción

Una tarde cualquiera de un año cualquiera en una cafetería cualquiera, estaba yo pidiendo un café. De pronto, como un alud, toneladas de conocimiento vinieron a mí, empujando y desplazando hasta sustituir por completo mis habilidades anteriores. Era bueno en matemáticas; ya no lo era. Tenía conocimientos de contabilidad, impuestos, balances; nada de eso era ya. Ahora, en cambio y como sustituto, era yo diestro en artes criminales. En la vida había deseado saber todo aquello acerca de apertura de candados, cajas fuertes o puertas acorazadas. Súbitamente, sabía yo cómo robar, cómo planificar un asalto, cómo elegir los mejores compinches para evitar traiciones y problemas. Sabía cómo engañar y cómo conseguir lo que quería por medios ilegítimos. Casas, coches, bolsos, museos, bancos... Era capaz de robar lo que fuera. Era un experto del crimen.

No vaya usted a confundirse, no he dicho que me gustara de repente todo aquello. Odiaba robar, odiaba todo lo que oliera a ilegal. Mi trabajo anterior me obligaba a ser muy recto y ordenado moralmente. Ahora soy experto en algo que detesto. No me gusta, pero soy extraordinariamente bueno en ello. Tampoco vaya usted a pensar que esta extraña sustitución de habilidades es algo propio mío. Como una maldición de quien ha mirado al tuerto equivocado. No, en absoluto. Mi mal es un mal compartido por toda la humanidad. El carpintero amaneció siendo pastelero, el pastelero se transmutó en jardinero y, por grotesco que pueda parecer, algunos señores con panza, dignos y respetables sacerdotes, acabaron teniendo los conocimientos y habilidades sexuales de una buena prostituta. ¿De qué le pueden servir tales conocimientos amorios a alguien así? ¿De qué me sirve a mí ser ducho en tales artes indignas? Hubo algunos que con el cambio mejoraron su situación.

Algunos poco sabían, y acabaron siendo ingenieros. Otros, después de toda una vida de mucho aprender, acabaron con habilidades sin mucha utilidad. Muchos perdieron sus trabajos, pero no necesariamente todos se reubicaron correctamente en este nuevo paradigma. Como digo, perdedores y ganadores. Estoy yo entre los primeros. La confusión fue grande en los primeros días, y es que muchos se negaban a aceptar que no sabían. Sí, sí sé. No, no sabían. Y cirujanos y gente así siguió operando con habilidades de boxeador o peluquero. Muchos, por orgullo, se negaron a aceptar, hasta que comprendimos todos que resistirse era inútil. Era yo un criminal, y uno de los buenos.

Los nuevos historiadores, que antes habían sido cocheros o malabaristas, estudiaron en profundidad las raíces del mal que nos afligía. Descubrieron que no era la primera vez que algo así pasaba, pero los textos antiguos habían sido interpretados como fantasías o sueños. Al parecer, cada 500 años sucedía lo mismo. Esa vuelta a empezar, una y otra vez. La última vez que sucedió, se documentó cómo el herrero dejó de conocer de espadas y azadas y se volvió experto en alfarería. El soldado no podía luchar, pues era ahora más bailarín que soldado.

Los nuevos médicos y los nuevos investigadores se dedicaron a encontrar alguna explicación al fenómeno, digno de estudio sin duda, sin encontrar nada a lo que asirse. Pruebas cerebrales, escáneres y análisis con máquinas caras no encontraron diferencia alguna entre los cerebros anteriores y los nuevos.

Cosa curiosa fue que las habilidades habían sido barajadas sin criterio alguno. Una persona obesa podía tener habilidades de contorsionista; físicamente, su realidad física no le dejaba desarrollar su potencial. A un mudo podría haberle tocado el don de cantar, y no por ello ser capaz de hacerlo. Del mismo modo, a mí me tocó una habilidad incompatible con mi brújula moral.

Los nuevos poetas escribieron poesías sobre el asunto. Los nuevos cantantes interpretaron canciones. Al poco tiempo todos nos acostumbramos, y como agua revuelta que finalmente vuelve a estar calmada, el mundo volvió a estar en orden. Como si nada hubiera sucedido, el doctor acabó aceptando que no podía sanar a los pacientes, pero sí podía hacer pan. El panadero acabó pilotando aviones y yo tuve que adaptarme con mis nuevas habilidades.

¿A ti qué te ha tocado? Era un buen inicio de conversación. La gente, especialmente los más favorecidos, usaba esa pregunta como una estaca en tu ojo. Solo querían que oyeras que ahora eran médicos, y que por fin tenían un hijo ingeniero. Los desfavorecidos, en cambio, no hacíamos esas preguntas salvo que estuviéramos muy acorralados dialécticamente. ¿A ti qué te ha tocado? Tengo habilidades manuales, manipulación de mecanismos... Venga, hombre, eso no es ni mucho menos una profesión. ¿Qué eres ahora? ¿Qué soy ahora? Muchas veces decía ser cerrajero. Toda habilidad indigna como la mía tiene su cara luminosa. Puede decirse que el asesino es indigno porque no es soldado. El ladrón que roba la propiedad ajena es reprobado, pero no lo sería tanto si fuera recaudador de impuestos. En mi caso, siendo yo criminal, podría decir que era cerrajero y terminar las conversaciones incómodas. Decir que soy lo que no soy me produce urticaria. Ya ves tú, un criminal con aversión a la mentira, qué cosa más nueva. Así pues, trataba de evitar el tema. No podía seguir diciendo que era contable, puesto que nadie mantuvo su habilidad. Pero podía cambiar de asunto o responder con ambigüedades. Error común este de no ser claro o vago. Los humanos somos seres sociales; adoramos hablar de los demás. Y la imaginación se activa cuando dejamos un vacío. Ese vacío solo puede llenarse con la peor opción de las posibles. ¿Peor que ser criminal? Tal vez podría ser yo violador o asesino; ahí mi condena sería más firme. Además, las películas habían romantizado mi especialidad bastante hasta elevarla a un género propio. Si bien mi habilidad no me daba únicamente la posibilidad de robar. También era bueno neutralizando guardias por la fuerza o preparando venenos para el mismo fin. Sabía ser silencioso, pasar

desapercibido. Entrar y salir rápido. De nuevo, insisto en que saber no es querer saber, y por mucho que sepa, sin voluntad no hay acción posible. Mis principios morales me impedían dar rienda suelta a mis habilidades indignas.

El golpe

Ahora que ya conoces mi situación y la de todos los que me rodean, puedo pasar a relatar mi historia, y es que muchas cosas han pasado y muchas cosas han cambiado. Volvamos al día cero. Al día del golpe. Estaba yo en la cola de mi cafetería de siempre, aquella que quedaba cerca del trabajo. Usaba ese tiempo en la cafetería como una forma de asegurar mi puntualidad. Llegar al trabajo es cosa de una suma de voluntades, desde la del conductor del autobús hasta la del que conduce ebrio y puede hacer retrasar al resto de vehículos. También son caprichosos los motores, ruedas y sistemas hidráulicos. Llegar a tiempo implica una alineación perfecta de muchos imponderables. Y eso rara vez sucedía. Sé bien cuánto pueden retrasarse los transportes. Por eso cada mañana venía una hora antes de mi entrada al trabajo; tomaba mi café más o menos rápido en función del tiempo que me quedara disponible. Ese día no era diferente, y me quedaban 43 minutos.

De súbito sentí un mareo intenso y un golpe seco en mi mente. Era el siguiente para pedir y el barista parecía tan confundido como yo y asintió para mí. Confundido, sin mediar palabra, asentí con la cabeza. El chico ya sabía lo que quería; me había preparado miles de cafés en todos estos años. Él asintió y se dio la vuelta, poniéndose frente a la enorme máquina de café. Parecía confundido. El tiempo transcurrió mientras intentaba descifrar la máquina. Era ahora para él algo nuevo y complejo. Muchos botones, palancas y elementos que no sabía cómo conectar. Sus habilidades de barista se habían desvanecido, pero no quería admitirlo. Recordaba saber, pero no sabía. El orgullo le hizo tocarlo todo. A veces basta con subirse a la bicicleta para darse cuenta uno con sorpresa de que su conocimiento estaba intacto. Así se subió este hombre a la bicicleta, y así acabó con las rodillas desolladas, como era de esperar. Una tromba de

vapor descontrolado empezó a salir de la máquina. El antiguo barista estaba agobiado y asustado, incapaz de decirme que esa máquina que conocía a la perfección era para él ahora una nave espacial indescifrable. Por fuerza de probar combinaciones, consiguió detener el vapor. Se dio la vuelta. Creo que la máquina está rota; ya sabes cómo son estas cosas, a veces van y otras veces tiene que venir el técnico.

—Sí, comprendo —respondí aún aturdido por el golpe.

—Ponme un vaso de bourbon, entonces.

¿Bourbon? Detestaba el alcohol. El chico volvió a darse la vuelta buscando lo que le había pedido. No lo encontraba. Sus habilidades habían cambiado y a saber en qué era bueno ahora. No en bebidas, sin duda. Cogió una botella cualquiera de whisky; no era bourbon, pero no le corregí. Me sirvió en un vaso para agua una cantidad inapropiada de líquido. Sabía que con la máquina registradora tendríamos de nuevo conflicto. El exbarista parecía decidido a entenderla, pero, al igual que la máquina de café, era esta ahora algo nuevo que debía aprender sobre la marcha, con un cliente esperando. De nuevo empezó a tocar botones al azar. Observaba lo que tocaba y sabía que todo estaba mal. Era una máquina de fabricación surcoreana, doble compuerta y sistema digitalizado de seguridad. Me cansé de verle fracasar. Cogí una cucharilla y la metí en una de las rendijas de la caja. Con mi otra mano le di un golpe seco en un punto justo. La máquina se abrió dejando al descubierto el dinero. El chico respiró aliviado.

—¿Cómo has hecho eso?

—Ni idea —respondí.

Saqué un billete de mi cartera.

—¿Con esto está bien?

—Sí, sí —asintió.

Podría haberle dado cualquier cantidad que la hubiera aceptado con tal de que me fuera y no tener que volver a lidiar con ese aparato del demonio.

¿De dónde provenía todo ese conocimiento? ¿Y mi gusto por el alcohol? ¿Venía con el paquete de criminal?

Me senté en uno de los sofás junto al gran ventanal que daba a la calle. Ahí pude ver el tráfico atascado. Un conductor de autobús había dado un frenazo a mitad de la calle. Los coches que quedaban detrás no pitaron ni gritaron, como sería previsible. Estaban también confundidos. Todos habíamos sido afectados por lo mismo, todos habíamos sentido ese golpe seco en nuestra mente que de alguna manera nos había reconfigurado. El conductor del autobús salió y, como el barista, anteriormente miró su harto conocido autobús con gesto de extrañeza. Abrió una de las rendijas que daban al motor, como si lo que estuviera roto estuviera ahí y no en su cerebro. Tomé mi bebida mientras observaba. Afortunadamente, el golpe me había sobrevenido estando en un lugar cómodo y con tiempo para sobreponerme.

Quedaban 33 minutos, 4 de los cuales debían ser empleados en el camino hasta el trabajo. Observé con detenimiento a un grupo de guardias que habían salido de un furgón blindado. Uno siempre espera de esos profesionales cierta actitud de vigilancia. Suelen estar atentos a todos los flancos, analizando posibles amenazas para su valiosa carga. Estos, en cambio, no estaban alerta; eran como niños que miraban el cielo, miraban al autobús que quedaba delante o se miraban entre ellos confundidos, dejando la carga desprotegida. Me invadió un plan de inmediato. Sabía que las llaves del furgón las tenía el conductor, pero las llaves de la compuerta las tenía el copiloto. Debía, pues, robar a este último, hablar con él y, en un descuido, meter mi mano en su bolsillo derecho. Tenía la confianza plena de saber cómo hacerlo. Podría así abrir el furgón, coger la

carga y dejarla en los casilleros de seguridad que estaban en la estación de autobuses. Dejaría ahí la carga hasta que se calmaran las aguas, guardando mi llave hasta que llegara el momento de usarla. En el momento no sé de dónde me vino toda esa información; lo vi como una fantasía propia de quien ha visto muchas películas de robos. Con el entretenimiento inesperado casi se me pasa la hora de ir al trabajo. Dejé mi vaso vacío y me dirigí al trabajo.

Mi jefe estaba también confundido y estaba intentando aclararse con uno de los ordenadores. Llegué el primero, como de costumbre. Mi jefe me recibió como quien recibe respuesta a una plegaria.

—¡Te necesito, ven aquí!

Me enseñó su pantalla y me dijo que estaba intentando entender los balances de la empresa y no los entendía. Inmediatamente supe que era algo trivial que sabría hacer sin problema. Me senté en la silla y miré la pantalla. Del mismo modo que el barista miraba su máquina. Era completamente imposible entender nada. Todo un jeroglífico diseñado para confundirme. Revisé otros archivos, pero nada, todo parecía escrito en un idioma ajeno a mí. Un galimatías imposible de descifrar. Había olvidado todo. Cambié de ordenador; este está roto, pensé. No era el ordenador lo que se había roto. Mi jefe, desconcertado, me seguía como siguen los patitos a sus madres, esperando que yo supiera.

—He debido dormir mal —dijo—; ya sabe uno lo malo que es un mal sueño para estas cosas del pensar. Las tuberías se obstruyen y, por más que intentas desatascarlas, no haces sino empeorar el problema. ¿Tú tampoco puedes verlo?

—Sí, sí, solo necesito tiempo; quizá alguien lo haya cifrado.

—¿Sí?

—Sí —dije—, hay hackers que se dedican solo a eso. Cifran tu ordenador y te piden un rescate. Mientras tengamos la copia de seguridad, no hay nada que temer.

En el momento perfecto tocaron a la puerta, permitiéndome tomar algo de aire. Eran los de la oficina de abogados de arriba; estaban igual de confundidos que nosotros.

—Vaya, ¿también tenéis problemas con los ordenadores?

—Estos trastos nunca dan tregua, ehh —dijo mi jefe.

—No son solo los ordenadores —replicó—, estamos intentando entender los documentos físicos, en papel, y nada. Creo que algo nos ha pasado.

—¿Habéis dormido bien? —preguntó inocentemente el jefe—. Cuando uno duerme mal, ve las cosas de otra manera.

—Sí, sí, hemos dormido bien.

¿Cómo era eso posible? ¿Era posible haber olvidado todo? Me acordé del barista confundido y del conductor de autobús. ¿Nos había pasado lo mismo a todos? Revisamos los documentos en papel, tratando de resolver el misterio. Los papeles eran tan indescifrables como el ordenador, una concatenación de símbolos y palabras que no decían nada. Entendía perfectamente el idioma, entendía las palabras, pero no el significado del documento en general.

—¿Puede ser que los hackers hayan cifrado también los papeles? —preguntó el jefe.

Nadie respondió a eso. El abogado que miraba nuestros papeles por encima exclamó:

—¡Yo sí lo entiendo!

—¿Ya has vuelto a comprender? —replicó mi jefe como quien pregunta en medio de un apagón si ha vuelto ya la luz.

—No, no, digo que entiendo tus papeles, pero no los míos. Sé perfectamente lo que es todo eso, son declaraciones trimestrales, el modelo 373. En mi vida había estudiado nada de eso; lo mío siempre fue más la abogacía.

Le mostramos al abogado diferentes papeles; sabía a la perfección lo que era cada cosa, con todo lujo de detalles. Podría haber estado mintiéndonos, cosa no rara en un abogado, porque no entendíamos nada de lo que decía. El abogado era ahora contable.

—Mira —dijo el exabogado mostrando sus papeles.

—¿Entonces tú entiendes los míos?

No, nadie entendía los suyos.

—¡Vayamos a otra planta! —dijo el ahora contable—. Puede que los de la oficina de abajo estén mejor que nosotros.

—¡No, mejor salgamos a la calle! —dijo el jefe—: Quizá podamos encontrar a algún policía.

—¿Un policía?

—Sí, ¿no te das cuenta? Algún hacker nos ha hackeado las cabezas.

Así fue como iniciamos un periplo por la ciudad, hablando con multitud de personas, todas afectadas por el mismo mal. Cada persona que nos encontrábamos se unía a nuestro extraño grupo buscando respuestas. Así fue como acabamos siendo un pequeño grupo de 20 personas vagando de un lado para otro, captando adeptos para nuestro club de los confundidos. Encontramos a uno de esos violinistas que tocaban en la calle. Estaba intentando sacar notas de su instrumento como de costumbre, pero solo salían

sonidos chirriantes y horribles. El hombre lo intentaba, una y otra vez.

—Esta mañana sabía —dijo—, pero de pronto las notas se torcieron, y ahora de mi violín solo salen estas aberraciones. Creo que se ha desafinado de repente, no sé cómo, pero se ha desajustado completamente. He intentado afinarlo, pero no he hecho sino complicar las cosas; ahora suena incluso peor.

El jefe lo agarró por los hombros:

—¡Nosotros estamos igual! ¿No lo entiendes? No es el violín lo que está desafinado, eres tú.

—¿Yo? —replicó.

—Sí, tú. Bueno, nosotros. Todos los que vamos en este grupo estamos en las mismas. Ya no sabemos lo que sabíamos. Aunque ese de ahí no sé cómo ahora de repente sabe de contabilidad. —El jefe le mostró los papeles de contabilidad—. Mira, ¿entiendes algo de esto?

El exviolinista echó un vistazo a los documentos.

—No, no entiendo nada de eso.

—Bien, es normal, ¿y de esto? —dijo poniendo en sus manos uno de los papeles del abogado.

El rostro del hombre se desencajó por completo.

—Sí, sí, sí, esto sí, son documentos de jurisprudencia.

El exviolinista, que ahora era abogado, se unió a nuestro grupo en busca de respuestas. Frustrado, el exviolinista hizo ademán de romper su violín

—¡Esto ya no me sirve!

—Espera, espera —dijo el jefe—. Déjame probar el violín; tal vez ya no sepa de dirigir empresas, pero sí de música.

Se hizo el silencio en el grupo; todos estábamos expectantes. El jefe hizo una pausa dramática. Susurró algo al instrumento, como si se estuviera encomendando a las musas. Agarró el violín y lo colocó sorprendentemente en el lugar adecuado, poniendo la barbilla en el lugar correcto. Colocó los dedos en una posición que a mí me pareció correcta y mostró a todos el palo con el que frotaría las cuerdas. El sonido que produjo a continuación solo es comparable a una mesa pesada siendo arrastrada o un pájaro siendo aplastado. La atención de todos se convirtió en decepción y desprecio.

—¡Bah! Nada.

—Déjame probar a mí —dijo otro—.

Así se fueron turnando para probar suerte. Fueron probando la espada de Excalibur sin que nadie fuera capaz de sacarla.

—Parece que no hay ningún violinista aquí —dijo alguien—.

—Puede que el violín esté roto —dijo el nuevo abogado, aferrándose a la posibilidad de tener dos habilidades ahora—.

Nada de eso, todos perdimos nuestra habilidad anterior y ganamos una nueva. Así de absurdo y así de sencillo. La creciente y confundida turba estaba hambrienta de respuestas.

—¿Dónde vamos ahora? —dijo uno con uniforme de policía.

—¡Quememos algo! —dijo una—. ¡Solo así nos harán caso!

Así la turba guiada por esa nueva pirómana que anteriormente había sido odontóloga se desquitó contra la propiedad pública. Quemaron todo aquello que con fuego ardiera, contenedores principalmente. La ciudad se sumió en un caos de humo negro, gritos y olor a basura

quemada. Quien debía detener aquello, el hombre vestido de policía, estaba ahora demasiado ocupado rompiendo escaparates y alentando a la masa a entrar y saquear todo cuanto pudieran. El respeto al uniforme seguía ahí, aunque hubiera perdido el juicio. La masa, no se sabe muy bien por qué, saqueó una tienda de disfraces. No trataban de conseguir nada de provecho de aquello. Sus mentes sabían que una indignación y confusión tan grande como la que tenían solo podía resarcirse quemando y saqueando comercios. Salieron todos de la tienda de disfraces enfadados y confundidos, cargando cajas con disfraces. Algunos, para poder cargar con más cosas, usaban sus cuerpos para poder transportar un disfraz más. Algunos se disfrazaron de payasos, otros se pusieron máscaras de monstruo, otros mezclaron uniformes. Uno tenía un estetoscopio y bata de doctor, pero en su cara había colocado una máscara de zombie. Solo el espectador de aquello podía ser consciente de las altas cotas de ironía y comedia de aquella escena. Los intervinientes estaban demasiado ocupados y demasiado enfadados como para mirarse a un espejo y ser conscientes del chiste grotesco en el que se habían convertido. El chiste se había vuelto explícito, demasiado explícito. No me gustan estas faltas de sutileza; las encuentro desagradables. Así que en cuanto los hombres y mujeres que estaban indignados por haber intercambiado sus profesiones empezaron a aparecer disfrazados, pensé. Ya está bien por hoy. Me voy a mi casa.

Aquí no ha pasado nada

El día después del golpe, todos intentamos volver a la normalidad. Mi jefe hizo como si el evento del día anterior no tuviera mucha importancia. Un día raro del que no hay que hablar. Ahora estamos todos ahí, en la oficina, tecleando cosas, moviendo papeles de un lado para otro. Quien nos viera desde fuera diría que todo estaba como siempre.

No iba a perder mi trabajo sin antes luchar. Ciertamente es que luché intensamente primero para no aceptar que no sabía y después para intentar recuperar mis conocimientos. Primero me excusé con dolor de cabeza. No estaba muy dispuesto ese día y de ahí que no pudiera ayudar a mi jefe. Este se excusó diciendo que no había dormido bien esa noche. Otro se excusó con la comida; algo le había sentado mal. Traté de simular que sabía. Te sorprendería saber cuántos de esos expertos van por ahí simulando que saben sin saber, y me refiero a antes de recibir el golpe. ¿Por qué no podía ser yo uno de esos? Desarrollé la habilidad de simular que sabía, con el peligro que eso conllevaba. Afortunadamente, mi jefe también estaba en las mismas. Simulando que sabía. Así se convirtió mi empresa en un refugio para gente que no debía estar donde estaba. Un criminal, un fontanero, un policía, un bombero. Un grupo heterodoxo tratando de llevar a buen puerto una empresa, simulando que no eran criminales ni fontaneros ni policías ni bomberos. El orgullo llevó a muchos cerca de la ruina, justo lo que sucedió en mi empresa. Cierta vez mi jefe nos reunió a todos; había que dejar de simular y aceptar la realidad. Ya el tema del golpe había sido muy estudiado y de nada servía seguir haciendo como si nada. Empezó con una metáfora, dijo:

—Las tuberías de la empresa tienen fugas por todas partes y tenemos el agua hasta los tobillos. Ya no sé cómo dirigir esta

empresa, soy fontanero. Vamos a afrontarlo de una vez por todas. Quiero que me digáis qué os ha tocado a cada uno; así sabré cómo podemos reubicarnos.

El comercial dijo ser policía. La subdirectora dijo ser bombero y el contable, que soy yo, dijo que era cerrajero.

—Malas cartas nos han tocado en esta empresa —dijo el jefe—. Poco puede hacerse con ese equipo tan dispar. Vamos a afrontar las cosas con sentido común. Vamos a tener que reaprender lo que sabíamos. De lo contrario, estaríamos fuera.

Nos dio un plazo de 3 meses para reaprender lo perdido. Me pareció una muy buena idea al principio. Además, contable-criminal parecía una ocupación razonablemente complementaria.

Me vi a mí mismo, pues, desempolvando los viejos libros de estudiante. Eran cientos. Me invadió por un momento un sentimiento de optimismo. Volver a empezar de nuevo es refrescante a veces. El optimismo duró poco, y es que debía empezar desde cero absoluto. Los conocimientos de contabilidad y de criminalidad rara vez encontraban puntos en común. Ya podría haberme tocado otra cosa; matemático, por ejemplo, hubiera sido un mejor punto de partida. Como digo, poco pude hacer con las cartas que me habían tocado. Pensar que uno podía aprender en unos pocos meses los conocimientos de años de estudio y trabajo era cosa de ingenuos. Mis conocimientos de matemáticas y cosas de empresas eran los propios de un criminal. Debía ser capaz de sincronizar horarios, hacer sumas de tiempos y cosas así.

Traté de hacer un plan, me emocioné con los preparativos. Cada noche irrumpiría en la oficina para extraer la información del trabajo que debía hacer el día siguiente. Tan solo había que neutralizar al conserje; sabía que tomaba un café a las 18:00, podría verter un potente somnífero que lo dejara inconsciente durante una hora. Con los documentos del trabajo que debía hacer el día siguiente. De ese

modo podría estudiar no todo cuanto me faltaba, sino solo la parte que me iba a hacer falta para sobrevivir un día más. Pronto me di cuenta de que era mi parte criminal la que hablaba, y de poco servirían planes de ese tipo. Esos pensamientos intrusivos tocaban a la puerta una y otra vez. No estamos asaltando un banco. Por más que pensaba ideas, todas eran de ese tipo; en todas mis ideas se incluía algún tipo de robo o acto delictivo y en muchas implicaba neutralizar o matar a alguien. Tuve que aceptar que perdería mi trabajo. ¿Qué iba a ser de mí? Pronto el mundo se llenó de gente como yo. Se nos llamó desubicados, y es que no teníamos una ubicación clara. Personas que habían tenido una prometedora carrera ahora debían replantearse su existencia desde los cimientos. Muchos se tuvieron que conformar con habilidades absurdas y disfuncionales. ¿Qué hay de aquellos que cambiaron ser neurocirujanos por ser maquettistas? ¿En qué iban a trabajar ahora? El Estado acabó creando oficinas de reasignación. Lugares donde podían ir los desubicados a intentar encontrar pareja laboral. Uno podría pensar que mi situación era desesperada, y lo era. No podía pagar el alquiler de mi casa indefinidamente sin trabajo y tarde o temprano me echarían de ahí. Tuve, pues, que ir a una de esas oficinas de reasignación.

La sala de espera era una colección de sueños rotos; estaban todos tristes y confundidos. Podías jugar a imaginar qué profesión habían perdido o qué inútil habilidad la había sustituido. Estaba frente a mí la odontóloga pirómana del primer día. Por supuesto, hicimos como si no nos conociéramos. Las aventuras de la turba furibunda exigían una vergonzosa amnesia al disolverse. ¿De qué manera reubicarían a esta mujer claramente pirómana? Podría tal vez acabar trabajando en una planta de incineración o algo así. La oficina de reubicación exigía ese tipo de creatividad que dudo mucho que tuvieran. Ahí solo trabajaban funcionarios del estado, autómatas sin un ápice de humanidad. Ciertamente no podías decir esto muy en alto, porque tu destino dependería tarde o temprano de uno de estos entes. Desde tu nacimiento hasta tu tumba estabas guiado por las frías, huesudas y muertas manos de estas criaturas. Su poder era enorme.

Pocos se atrevían a llevarles la contraria en lo más mínimo. Un incidente, una palabra más alta que la otra, una exigencia, un desplante bastaban para ser marcado como problemático. Difícil es levantar cabeza con todo el aparato del Estado en contra y más aún después del golpe.

Después de una larga espera me hicieron pasar a la siguiente sala. Un despacho pequeño sin ventanas. Allí me encontré con una de esas celestinas grises en escritorios grises con almas grises de las que hablamos. Su alma era gris; podía verse en sus ojos. No así su ropa; tenía el pelo cardado de un azul intenso, su ropa tenía colores llamativos, dibujando patrones psicodélicos. Llevaba una colección de collares de todos los tipos. Del mismo modo, sus muñecas estaban recubiertas de pulseras que sonaban con cada movimiento. Sus uñas largas y coloridas apenas sí le permitían escribir. Había desarrollado una técnica para hacerlo con la punta de las uñas. Como una gárgola burocrática. ¿Qué habrá sido esta persona antes del golpe? Tal vez este tipo de entes esté tan vacío por dentro que no tengan nada que vaciar ni llenar. Quizá estos no hayan experimentado cambio alguno, y sus días sean exactamente iguales a los anteriores. Por supuesto, no me atreví a preguntar.

Después de presentar mis documentos de identidad con el subsiguiente baile de teclas y miradas desapasionadas a la pantalla con una fanfarria de pequeños ruidos metálicos, me dijo:

—¿Qué te ha tocado?

—Cerrajero —dije rápido.

La celestina, sin cambiar el gesto, volvió al teclado y a la pantalla y volvió a escribir palabras y palabras. ¿Qué estaba escribiendo? Solo había dicho "cerrajero". Poca palabra para tanta tecla y tanto ruido. En cualquier caso, la impresora empezó a hacer un sonido burocrático, gris y constante. La gárgola agarró el papel con sus uñas y me lo dio.

—Tienes una entrevista el lunes —dijo con voz gris.

¿El lunes? ¿Tan rápido? La mujer no dijo nada más, colocó los garfios frente a ella como un pájaro que estuviera agarrado a su mesa, me miró con indiferencia expresando a su manera: Fuera de aquí.

¿Cerrajero? ¿Eso era yo ahora? ¿Ahora me dedicaría a abrir puertas? Sabía que podía hacerlo bien, pero, ¿era lo que verdaderamente me llenaba? Además, debía estar mintiendo constantemente. No soy cerrajero, soy un criminal, un impostor. ¿Podría mantener la fachada? Incluso si así fuera. ¿Sería yo capaz de seguir viviendo conmigo mismo mintiendo cada día de mi vida? Constaté la maleabilidad de los valores morales cuando hay urgencia. Cuando uno se sabe en peligro. Los valores morales se convierten en un lujo caro y exótico que no todos pueden permitirse.

Aquel día mi casero vino a visitarme. Quería tantear si con todo esto del golpe su sustento corría peligro. Estaba jubilado y sus únicas fuentes de ingreso eran yo y el Estado, que le pagaba una pequeñísima pensión como premio por años de duro trabajo. El estado ya le había fallado y sabía que no podía permitirse que fallara yo también. Entendí que seguramente ya tenía otro inquilino a la espera de que eso sucediera. No me lo dijo así, por supuesto, pero fue bastante claro.

—Son tiempos raros estos que corren —me dijo—. Cuando yo era joven, uno podía tener la certeza de que podría hacerse capaz en algo y que ese algo le diera de comer hasta que fuera viejo. Ahora los jóvenes tenían que reconvertirse, y muchos quedarán desubicados irremediablemente. Fui carpintero toda mi vida y nunca me faltó trabajo. Gracias a eso pude permitirme comprar este apartamento. Ahora soy titiritero.

—¿Titiritero? —pregunté.

—Sí, Titiritero. Soy capaz de dar vida a títeres. Ya sabes, muñecos con las extremidades atadas a hilos, y soy muy bueno. Mira, la clave está en los matices, los movimientos que son innecesarios. Para conseguir que un títere parezca humano, lo importante no es solo que haga todos los movimientos de forma perfecta. La clave está en lo que hace cuando no tiene que hacer nada. ¿Comprendes? Pequeños movimientos que pueden parecer no tener importancia son en verdad la diferencia entre un buen artista y uno mediocre. Rascarse la nariz, respirar, girarse en dirección opuesta a donde uno quiere ir o mirar al cielo sin motivo son cosas que hacemos los humanos constantemente.

—Comprendo. —Respondí.

—¿Y de qué me sirve a mí todo eso? Ya soy viejo, y si esto del golpe me hubiera pillado más joven, sin duda sería uno de esos pobres diablos que vagan por las calles. Uno de esos desubicados.

El viejo hizo un silencio. Todo este discurso había sido diseñado únicamente con la finalidad de que, a continuación, de forma natural, fuera yo quien se abriera y le contara qué me había tocado. Se quedó ahí sonriendo, esperando. Me sentí como uno de sus títeres, y ahora estaba tirando de la cuerda, animándome a moverme. Finalmente dijo:

—¿A ti qué te ha tocado, hijo?

—Soy cerrajero.

—¡Ah! —respondió con una explosión de alivio—. Eso está bien. ¡Muy bien! El mundo está cambiando rápido y vas a tener mucho trabajo. Son muchos los que, lamentablemente, perderán sus casas. Tú sabrás cómo abrirlas para alojar a los nuevos inquilinos. Además, el crimen está aumentando; toda esa gente sin la profesión adecuada anda por ahí desesperada tratando de conseguir a punta de cuchillo lo que ya no pueden conseguir con el sudor de su frente. Muchos tendrán miedo, y querrán mejorar sus cerrojos. Y qué decir

de los criminales. Se oyen muchas historias de personas que, después del golpe, se convirtieron en criminales y ahora andaban bajo el disfraz de personas decentes. Nadie sospecha de su vecino hasta que es demasiado tarde. Antes al menos uno podía saber la reputación de cualquiera. Pero ahora todo se había puesto patas arriba.

La conversación me estaba incomodando; a menudo la gente mayor tiene poca capacidad de comprender cuando están hablando demasiado o cuando están diciendo tonterías.

—Mañana tengo mi primera entrevista de trabajo como cerrajero y estoy un poco cansado... —Dije.

—¡Ah! Sí, descansa, descansa, es muy importante que te salga bien esa entrevista. Te dejo descansar; nos vemos el día uno.

A menudo me sorprende la escasa utilidad que tienen la mayoría de las interacciones humanas. Si acaso pudiéramos ser diáfanos y prescindiríamos de todo lo superfluo e innecesario, el mundo se ahorraría muchísimas palabras. El viejo había venido a saber si yo podría seguir pagándole o si tenía que buscarse a otro. Ese era el subtexto de todo ese texto vacío. Las normas de la cortesía nos empujan a rellenar el aire de palabras vacías para decorar lo que uno quiere decir. El casero puso una pistola en mi cabeza y amenazó con disparar, pero con palabras huecas. ¿Iba a quedarme en la calle? ¿Iba a convertirme en uno de esos desubicados? Sin duda había algo en lo que el casero tenía mucha razón. Era muy importante que me saliera bien la entrevista.

Nuevos comienzos

Llegó el lunes, y ahí estaba yo, a las 9:00 de la mañana en aquella mugrienta empresa de cerrajería del polígono industrial situado entre una planta de procesamiento de pescado y una carpintería. El olor a arenques invadía cada metro cúbico de aire. Un olor fuerte y persistente mezclado con olores químicos procedentes de la carpintería. Arenques, madera serrada y barniz, esas serían las notas de cata del lugar.

En la cerrajería ponía por todas partes: ¡Su casa desbloqueada en una hora! ¿Has perdido las llaves de tu casa? No te preocupes: ¡Llámanos! Frente al mostrador estaba sentado un hombre gordo y calvo, con camiseta de tirantes sucia. Parecía del este por su marcado acento.

—¿Qué quieres?

—Vengo por el puesto de trabajo, de cerrajero.

—Ah, sí...

Desapareció por las tripas de la trastienda. Empezó a gritar en su idioma. Alguien más le respondía, también a gritos. No creo que se estuvieran peleando; era demasiado temprano para eso.

—Pasa por aquí —me dijo.

La trastienda era un lugar oscuro y lleno de humo proveniente del cigarro del otro tipo. El olor a humo opacaba parcialmente los olores de fuera. Las paredes estaban recubiertas de estanterías con trastos, herramientas y libros. El segundo hombre era delgado, alto y con

bigote fino. Llevaba también una camiseta sin mangas de color blanco.

—¡Siéntate!

Arrojó delante de mí un bombín de doble embrague, llave de sierra de fabricación china. Me tiró un par de ganzúas y me dijo:

—Abre.

Observé el mecanismo superficialmente. ¿Estaba intentando ponerme a prueba con esa baratija? Todo el mundo sabía que ese tipo de sistemas se abren solo con mirarlos. No quise dármelas de listo, pero sí traté de impresionar al gordo. La excelencia a menudo es acompañada de minimalismo. El arte no estaba en abrir el sistema, eso era fácil; la clave estaba en hacerlo con el mínimo número de movimientos posibles. Como un boxeador que alcanza el KO al primer golpe. O un ajedrecista que consigue el jaque mate sin perder ni una pieza.

Así pues, me propuse el reto de abrirlo de la manera más espectacular posible. Era un sistema con 5 pistones, algo sencillo. Miré a través de él para preparar mi movimiento. Puse a un lado las ganzúas que me habían proporcionado, apreté con las yemas de mis dedos el cilindro para poder rotarlo cuando se alineen los pistones. Di un golpe seco sobre la mesa, en el punto justo. Los muelles saltaron incontroladamente. Justo cuando todo el sistema estaba desbloqueado, giré el cilindro haciendo un clic y abriendo el bombín.

Los hombres se quedaron estupefactos al ver la escena. El flaco que me observaba con indiferencia tiró su cigarro y me miró como si en el zoo la jaula del tigre se hubiera abierto. Hablaron entre ellos, gritando también, y enseguida tuve frente a mí otro bombín, este sí uno complicado de abrir. Llave de doble embrague, fabricación alemana. Este iba a ser imposible con ese método tan espectacular. Ahí sí iba a necesitar las ganzúas que había apartado antes. Me habían dado el reto que nadie más podía resolver, el hueso más duro

de roer. Seguramente pensaban que ese no se podía abrir sin romperse.

—Abre —dijo el gordo.

Analiqué el mecanismo, lo agité frente a mi oído, le di golpecitos. Era un mecanismo a prueba de ladrones. Aun así, quería mantener mi filosofía minimalista. No quiero abrirlo, quiero ser el vehículo por el que milenios de conocimiento acumulado en técnicas oscuras se expresen. Introduje la ganzúa y coloqué el girador. En 3 movimientos limpios el sistema estaba desbloqueado.

Los hombres se gritaron entre sí; seguían pareciendo enfadados. Pero entendí que era su forma de mostrar sorpresa. Eran del tipo de persona que se comunicaba dando puñetazos en el hombro o agarrándote con fuerza.

Esta vez el flaco tomó la iniciativa, me dijo que debían hacer una prueba más, la última, para comprobar si estaba dentro, me dio una venda y me dijo que me la pusiera en los ojos.

—No hay problema —dije.

Me pareció un poco raro, pero imaginé que querían hacerme abrir más cerraduras, ahora sin poder verlas. Un clásico, pensé. Pero en su lugar, el flaco empezó a hacerme preguntas extrañas.

—¿Cuántas fuentes de luz tiene esta habitación? —preguntó.

—Tres —respondí—, una en un aplique de techo y una en la pared que queda a mi derecha y otra detrás de mí.

—¿Cuántas sillas hay en la habitación?

—Cinco sillas, tres en las que estamos sentados y dos de madera plegadas detrás de mí contra la pared.

—¿Qué contiene exactamente el lapicero que está en la mesa frente a ti?

—Tiene dos bolígrafos con muy poca tinta azul, a punto de gastarse. Un sacapuntas al fondo del lapicero junto a dos clips, dos lápices con la punta rota, un bolígrafo rojo.

Mi mente criminal había hecho una radiografía completa de la sala. Había memorizado cada pequeño detalle. Los hombres volvieron a gritarse como locos. Noté que pasaban rápido una mano frente a mis ojos vendados, como si quisieran comprobar que no estaba viendo en realidad. El gordo me hizo una última pregunta:

—¿Dónde tengo mi cartera?

—En el bolsillo lateral que cae a mitad de tus pantalones, el izquierdo. Ahí tienes unas llaves, no de una casa, sino de algún tipo de coche o moto.

Los hombres explotaron, me quitaron la venda con violencia.

—¿Cerrajero? Aquí pone que eres cerrajero.

—Sí, cerrajero.

El gordo gritó al flaco.

—¿Sabes que te va a costar mucho encontrar trabajo en la oficina de reasignación? No eres cerrajero.

Me habían tendido una trampa y, por mi orgullo, había caído; quería demostrarles que era válido, y en mi estupidez acabé gritándoles que era un ladrón, y uno de los buenos.

—¿Sois policías? —les dije instintivamente.

Los dos estallaron en risas esclavas.

—Creo que vas a encajar muy bien aquí; puede que tengamos trabajo para ti. Vuelve mañana.

—Sí, vuelve mañana —dijo el otro.

Los gritos de los hombres hicieron bajar a una mujer que al parecer vivía en la parte de arriba. Era una mujer gorda y grande, de rostro autoritario, vestida con un pijama de flores y una bata.

—¿Ya estáis con vuestras tonterías otra vez? ¡No son horas!

La mujer se quitó una de las zapatillas del pie y se la lanzó al gordo, alcanzándole de pleno en la cara.

—¿Y cuándo me vais a pagar el alquiler? ¡Sois unos zánganos!

El ogro siguió despotricando y golpeando a los rusos.

—¿Cuándo vais a tener un trabajo de verdad?

Al parecer, a los ladrones no se les estaba dando muy bien eso de robar y ni podían pagar el alquiler de ese cuchitril. Son tiempos complicados para todos, incluso para los criminales, pensé. La mujer recogió su zapatilla y volvió a subir mientras murmuraba para sí misma.

Había ido a caer en un nido de ladrones incompetentes. En un negocio tapadera diseñado para encubrir sus actividades delictivas. Podía ser gente peligrosa, y podía meterme en un buen lío si aceptaba el “trabajo”. El gordo me dio su tarjeta de cerrajero.

—Vuelve mañana.

—Claro —respondí y me fui.

Claro que no iba a volver mañana a esa madriguera infecta. Antes prefería morir de hambre. Mi primera experiencia con la reubicación fue un fracaso. Pero no me iba a rendir tan fácilmente.

El taxi tardó en llegar y tuve tiempo de ordenar mis pensamientos entre los vomitivos olores del polígono. Los polígonos industriales tienen ese aire encantador decadente. Esa energía sucia y caótica. Los polígonos son los pilares de nuestra civilización. Todo cuanto consumimos pasa por aquí en un punto u otro para ser producido, procesado y empaquetado. A menudo conviene tener estos sucios pilares lejos del consumidor final, borrar toda trazabilidad para que solo veamos el producto final. Bonito, limpio, con un lazo. Por comodidad nos hemos convertido en consumidores inconscientes. Vemos la carne empaquetada convertida en producto. No vemos al animal muriendo, la sangre, los gritos, el olor, el dolor. Hemos eliminado convenientemente el rastro del origen de lo que consumimos. Me pregunté quién estaba ahora matando a los animales. Y es que no puedes poner a un abogado a rebanarle el pescuezo a un cerdo así de primeras, por mucho que le guste un buen filete en su mesa. Eso no es, diría. Eso no es. ¿Quién que no haya convivido con el oficio de matarife desde pequeño podría ahora aceptar esa tarea? No un urbanita como yo, desde luego. Comía carne, claro, pero no manchaba mis manos de sangre. ¿Alguna vez has escuchado a un cerdo morir? Es como oír morir a un hombre. ¿Has escuchado alguna vez el sonido que emiten los cerdos en uno de esos criaderos industriales? Es el ruido que emitiría una gran masa de personas en pánico. Siempre que voy al polígono tengo el mismo pensamiento, y durante unos días dejo de comer carne. Al poco tiempo se me olvida. ¿Tan flexibles son nuestros valores morales? Tan dependientes de los consensos, tan anclados en la cotidianidad de las costumbres. Somos animales sociales, y antes de actuar miramos por el rabillo del ojo cómo está actuando el vecino. No tenemos una moral individual, sino una colectiva. ¿Y si nadie en el mundo supiera lo que es matar a un animal para comérselo? ¿Qué pasaría si un loco, solo uno, no por desesperación ni hambre extrema, sino por curiosidad de probar algo nuevo, decidiera pasar por el cuchillo a un animal? ¿Y si después con un cuchillo lo desmembrara, seleccionando las mejores partes? Ese hombre cubierto de sangre sería condenado o sería expuesto como un loco. Quizá podría argumentarse que somos animales desnaturalizados,

que la moral y la conciencia no son sino el producto de una mente enferma. Que somos monos encerrados, y bien saben los cuidadores de los zoos que la mente del animal enjaulado se transforma hasta convertirse prácticamente en otro animal. ¿No somos del mismo modo animales enjaulados? ¿Qué moral tiene el león? ¿Qué remordimiento? ¿Qué valores? Con más preguntas que respuestas, como de costumbre, llegó el taxi que me llevaría de vuelta a mi casa.

Nuevos comienzos II

Estaba preocupado por mi futuro; la Celestina me había enviado con esos inmORAles y ahora tenía dudas de si podía volver a pedir otro trabajo. ¿Podía rechazar el trabajo? ¿Podía decir que no era para mí? En estos días los desubicados no andan sobrados de oportunidades como para ir rechazándolas. No tenía más opción que volver a la oficina de reasignación y poner alguna excusa. Me presenté en las oficinas; de nuevo el día gris no era más gris que las almas de aquellos que trabajaban dentro. Me hicieron pasar de nuevo a la sala de espera que estaba abarrotada. Cada día que pasaba aumentaba el número de desubicados. La desesperanza de esas personas no hacía sino aumentar día tras día. Al principio, los desubicados conservaban cierto aire decente procedente de sus vidas anteriores. Ese pasado quedaba cada vez más lejos; sus ropas eran las mismas, pero estaban más sucias y más descolocadas. Su dignidad del pasado era ya solo un eco que resonaba débilmente. Solo una observación muy aguda podía diferenciar a los desubicados nuevos de los desubicados que siempre fueron desubicados. Muchos habían recibido malas cartas y, peor aún, personas que estaban acostumbradas a tener buenas cartas estaban ahora teniendo que enfrentarse al mundo siendo expertos en maquetas. Se oían muchas historias; los medios amarillistas hacían sangre de esas historias lúgubres de personas que lo perdieron todo. Muchos se quitaron la vida. Simplemente, no podían aceptar que lo que fue no es ya ni nunca lo será. El problema se agravaba con la edad, y es que cuanto mayor eres, más cuesta cambiar. El cerebro se vuelve más rígido y es mucho más complicado afrontar cambios tan drásticos.

Llegó el momento de reencontrarme con la gris celestina. Nada más sentarme, tenía preparado todo un discurso sobre lo que había pasado, con una excusa peregrina acerca de por qué no podía

aceptar el trabajo anterior. Pensé que se acordaría de mí. Nada más sentarme, mi texto preparado se volvió inútil.

—¿Qué te ha tocado? —dijo sin mirarme.

Supe que tenía mi oportunidad de empezar de nuevo, volver a intentarlo de otra manera, conseguir un trabajo con el que poder pagar el alquiler de mi casa.

—Experto en seguridad —dije convencido.

¿Cómo? ¿De dónde había salido esa idea? A veces parece que las ideas provienen de un lugar ajeno y distante. Y qué poco control tenemos sobre lo que simplemente nos surge como un rayo y se pone frente a nosotros como la opción correcta. Experto en seguridad... Tenía sentido. No quería que volvieran a mandarme con los maleantes; tal vez aquí tenga más suerte. La mujer acabó su largo teclear y me arrojó un nuevo papel con una nueva dirección. ¡Era en un museo! Sentí de inmediato que esto podía ser una gran oportunidad. Pasar de ser contable de poca monta en una empresa no menos gris que la oficina de reubicación a trabajar en un museo, rodeado de obras de arte o de esculturas. El mundo me sonreía y salí de allí con un nuevo aire de optimismo. El cielo se había despejado y agarraba ese papel como si tuviera una bolsa llena de dinero en un barrio peligroso. No podía arriesgarme a perderlo; sabía lo autoritarios e ineficientes que eran en la oficina de reubicación y, si lo perdía, raro sería que me volvieran a dar el mismo trabajo. Seguramente me darían algo mucho peor. Doblé varias veces el papel para meterlo en mi bolsillo y metí mi mano para hacer de tapón y que de ningún modo pudiera salir de ahí. Los desubicados eran muchos, y si supieran de mi tesoro, podrían querer quitármelo. Casos hubo de asesinatos, gente al límite en situaciones extremas. La envidia y el no aceptar lo que se es lleva a algunos a hacer locuras. Conseguí llegar a mi casa con el papel intacto. Lo puse a buen recaudo. Solo debía esperar a que pasara la noche para presentarme en el museo.

A la mañana siguiente me desperté temprano; no quería llegar tarde a mi entrevista y vi que la dirección del museo quedaba cerca de mi antiguo trabajo y de mi antigua cafetería. Una parte de mí buscaba la familiaridad de encontrarme de nuevo con el barista. Pero claro, todo el personal de la cafetería había cambiado. Pude reconocer algunas caras, personas que conocía por mi trabajo y que habían tenido trabajos muy buenos ganando mucho dinero. Reconocí al barista; era un escritor prometedor con una carrera brillante. Ahora poco sabía de escribir, pero sí hacía cafés con los ojos cerrados. Me senté en mi sofá de siempre que daba a la ventana. Vi que el mundo de algún modo estaba sanando; los autobuses ya no se paraban, eran conducidos por antiguos profesores u oficinistas. Los policías hacían su trabajo con diligencia. Los repartidores se movían de aquí para allá con energía, dejando sus camiones de reparto en doble fila con precisión. No parecía que hacía no tanto nada sabían de ese arte sobrevenido de golpe. También vi desubicados; cada vez eran más. Vagaban por la calle perdidos, pidiendo en la calle, algunos durmiendo entre cartones. “Antes era médico, esto también te podría haber pasado a ti”, decía uno de sus carteles de cartón. Y es cierto, la vida es muy injusta a veces.

Llegué al museo a la hora exacta, 8:30 de la mañana. Era un lugar enorme que nunca había visitado. Bien sabe todo el mundo que visitar los museos y las atracciones de tu propia ciudad es cosa de mal gusto, que uno deja esas cosas para cuando está en ciudad ajena. ¿Y qué más sabe el turista que el local sobre ese tipo de sitios?

La fachada era espectacular, tenía unas grandes columnas con un gran portón por el que se accedía a la sala principal, donde los restos de un galeón te recibían desde lo alto. Aún no habían abierto. Un guardia custodiaba la entrada. Le enseñé sin dar el papel, aún con miedo de perderlo.

—¿Experto en seguridad? —dijo con incredulidad—. ¿A quién quieres engañar?

Al parecer, el guardia había destapado mi farsa solo con mirarme. Titubeé:

—Sí, experto en seguridad; antes era contable.

—¿Quién te ha dado este papel?

—La oficina de reubicación me dijo que este sería el mejor trabajo para mí.

Me volvió a mirar con desconfianza y me dejó pasar.

—A la izquierda, luego recto y luego izquierda. Pone oficina.

Sabía que algunos guardias jugaban a desconfiar de todos. ¿Me había puesto a prueba para ver cómo reaccionaba? Probablemente pensé.

Giré a la izquierda, luego seguí recto y luego giré a la izquierda como me dijo el receloso guardia. Ahí me recibió la directora del museo en persona. Noté por su comportamiento que me necesitaban.

—Hemos tenido muchos problemas con el golpe. Los guardias antiguos se volvieron ineptos y los nuevos ladrones aprovecharon para saquear algunas cosas. —Dijo la directora con aire de preocupación—. El anterior director no supo gestionar bien el asunto y hasta que llegué yo no empezaron a mejorar las cosas. ¿Tienes experiencia en el mundo de la seguridad? Preguntó.

—Mmmm... Experiencia... No. —Dije.

—Claro que no, perdona, es la costumbre. —Respondió—. No buscamos ya gente con experiencia; esos están ya en otros sitios. ¿Te han tocado conocimientos de seguridad?

—Experto en seguridad —respondí.

Me enseñaron que si querías llegar a la luna, mínimo tenías que apuntar a las estrellas. Pensé.

—Tenemos un puesto vacante, pero primero quiero ver cómo te manejas como guarda. Nos vemos el lunes.

—¡Perfecto! —respondí—. Aquí estaré.

La niebla de mi futuro se había disipado en gran medida. Por primera vez desde el golpe, un rayo de luz se atisbaba en mi futuro. Experto en seguridad... Sin duda era un trabajo en el que podía brillar. Una cosa más, dijo la directora:

—¿No serás un ladrón, verdad?

—¿Cómo? —respondí.

—Sí, un ladrón, un criminal, un estafador.

—No, no... Nada de eso...

—¿Qué habías sido antes?

—Contable.

—Bien. ¿Sabes? No me importaría tanto que ahora fueras criminal como que lo hubieras sido antes del golpe. Hay muchos nuevos criminales tratando de encajar sus habilidades en puestos de seguridad. Eso de algún modo indica que siguen teniendo valores morales. En cambio, los antiguos criminales, aunque no tengan ya las habilidades necesarias para el crimen, sí siguen manteniendo la brújula moral torcida. ¿Comprendes? No es lo mismo. Esos excriminales están poblando muchos puestos de responsabilidad, a menudo respetables, y lo pudren todo. También los hay que, habiendo sido buenos, se dejan llevar por sus nuevas habilidades malas. Acaban perdiendo la batalla. Son tiempos complicados estos,

y tenemos que estar con mil ojos. Sobre todo nosotros, encargados de custodiar tesoros tan valiosos.

—Comprendo —dije—. Sí, he conocido gente así. Y en los medios no dejan de salir historias. Afortunadamente, no es mi caso. Fui contable y ahora soy experto en seguridad. Tuve una entrevista que no salió demasiado bien. Por lo que comentas, gente haciéndose pasar por lo que no son. Ladrones diciendo ser cerrajeros. Salí de ahí rápidamente. El crimen siempre me ha repelido y estoy contento de que el golpe me permita trabajar combatiéndolo.

—Bien dicho —concluyó la mujer—. Entonces nos vemos el lunes.

—Nos vemos el lunes —dije mientras nos estrechábamos las manos.

Volviendo a mi casa, tuve la ocasión de presenciar disturbios; eran desubicados manifestándose. Una cosa había llevado a otra y estaban ahora lanzando piedras contra el ayuntamiento. Me sentí raro presenciando la escena, ya no desde dentro, sino desde fuera. Me sentía un poco ubicado. Los nuevos policías estaban tratando de crear un pasillo por el que debía salir el alcalde de la ciudad. Un tipo gordo, pero de rasgos afilados. Habían dispuesto escudos para impedir que las piedras le golpearan. Él intentaba comunicarse con la masa, tratando de parecer cercano y humano. Hacía gestos con las manos pidiendo contención. Juntaba las manos pidiendo comprensión. Nada de eso funcionaba y la masa fue aumentando sus gritos ahora que veían su objetivo más alcanzable. El alcalde apartaba los escudos, queriendo hacer ver a la masa que estaba con ellos, que les comprendía, que él era uno más. La política se vio fuertemente afectada por el golpe. Y es que todos los dirigentes dejaron de saber, si es que alguna vez supieron algo, pero no dejaron el poder. Todos tenían mandatos temporales que les aseguraban años en el poder, independientemente de sus conocimientos. Muchos les exigían que dimitieran. Ellos, por supuesto, se aferraban a sus cargos, aludiendo que eran superadaptados, que las habilidades que les habían tocado eran

incluso mejores para su trabajo. Era falso, por supuesto. Acabamos gobernados por una pandilla de incompetentes que se habían vuelto más incompetentes todavía.

El alcalde por un momento logró apartar los escudos y dirigirse a la masa. Tenía las manos en alto, y el lanzamiento de piedras se detuvo. Parecía tener la actitud esa de: Quien esté libre de pecado... Y no era lo mismo lanzar una piedra a un escudo de un policía que directamente a la cara de alguien que te está hablando.

—Vamos a tomar las medidas necesarias —dijo el alcalde—; nadie es responsable de las malas cartas que le ha tocado y mi administración va a hacer todo lo posible para que no quede ni un desubicado en esta ciudad.

—¿Nos vas a matar? —gritó uno de atrás.

—No, no —rectificó el orondo alcalde—, vamos a crear 5000 puestos de trabajo para desubicados, pagados por el ayuntamiento.

—¡Eso lo lleváis diciendo desde el golpe, y aquí nadie trabaja!

—¡Dimite!

—¡Cerdo!

—¡Dimite!

La turba se deshizo en gritos. Un desubicado que al parecer era ahora lanzador de piedras profesional golpeó al alcalde en los dientes y empezó a sangrar. Esa pedrada fue la primera de muchas otras; cientos de piedras de diversos tamaños volaron en dirección al alcalde. Los policías trataron de rehacer el cordón de seguridad sin mucho éxito. El alcalde fue apedreado hasta casi morir. La masa rodeó al hombre, empujando a los policías. Daban ahora patadas, escupían, insultaban. El alcalde fue molido a palos por una turba furibunda.

Desde ese suceso, la actitud del alcalde con respecto a los desubicados cambió mucho. Antes los ignoraba, haciéndoles promesas vacías que no iba a cumplir nunca. Desde el apedreamiento pasaron a ser la cabeza de turco, los enemigos de la sociedad que simplemente no se adaptaban y se dedicaban a vagabundear, robar o asesinar. La ciudad se convirtió en un hervidero; la policía cada vez era más dura con los desubicados y estos cada vez estaban más descontentos y más llenos de odio. Solo era cuestión de tiempo que algo estallara, que algo se rompiera.

El museo

Llegó el gran día y, como de costumbre, me aseguré la puntualidad. La directora ya no estaba; en su lugar me recibió uno de los guardias de allí; era un chico joven, quizá demasiado joven para ese trabajo, quizá demasiado flaco. Lo vi como uno de esos ubicados que estaban próximos a estar desubicados. Sus habilidades eran las correctas, imagino, pero su físico no acompañaba. El joven fue simpático; veía en sus ojos la motivación de aquel que había visto la amargura de la oficina de reubicación y valoraba ese nuevo trabajo. Me enseñó las diferentes salas. El museo era un laberinto de vitrinas con objetos de oro, artefactos, cuadros. Había de todo. Por el camino vi muchas ineficiencias de seguridad. No iba yo a destaparlas aún, y menos delante de ese chico orgulloso que me estaba enseñando el museo como quien enseña su casa. La estructura del museo estaba mal diseñada, o al menos no había sido diseñada con la seguridad en mente. Ese tipo de edificios eran antiguos y se construyeron probablemente para otros usos. Algo básico es colocar lo más valioso en los lugares más seguros. Y dejar las baratijas, telas, collares y cosas así en las zonas más expuestas, habitualmente cerca de ventanas. El objeto más valioso del museo era la corona del zar. Tenía una sala solo para ella, pero estaba en una sala con demasiados accesos. Uno querría que un objeto así estuviera en una sala con un único flanco que vigilar, a ser posible sin ventanas. Pero esta corona estaba en una primera planta en una sala llena de ventanas grandes y tres puntos de acceso. El joven me mostró la sala de seguridad. Ahí estaban quienes serían mis compañeros. Yo aún no tenía mi traje, y me sentí como un civil pasando revista a la tropa. Ahí estaban los guardas; eran cuatro. Estaban cenando y hablando. Otra ineficiencia más. Bien sabe un ladrón lo fácil que es burlar guardas que están en otras cosas, y que un café volcado o un sándwich caído puede generar un evento de

desprotección. No me pareció que se lo estuvieran tomando con el celo necesario para un trabajo así. Además, eran también muy jóvenes. Demasiado jóvenes. Parecían estar ahí pasando el tiempo. Esos chicos eran el turno de día que estaba a punto de terminar. Mi turno llegaría justo después. Espero que mis compañeros de noche sean más competentes que estos, pensé. El joven me acompañó al vestuario, me guio hasta mi casillero. Aún no habían cambiado el nombre y ponía el nombre del guardia anterior. Me sentí mal por un momento. ¿Qué habrá sido de ese guarda que olvidó cómo guardar? Tal vez sea un desubicado y esté ahora pidiendo por las calles. Me sentí usurpando el espacio de un muerto. El joven me indicó cómo abrir la cerradura.

—Está un poco atascada —dijo.

Intentó manipularla poniendo combinaciones, pero no acertaba. Yo sabía cómo abrirla; mecanismos así no son un gran reto, pero qué imagen iba a tener aquel chico de mí. Siguió probando y dando golpecitos, tocando el mecanismo y observándolo desde diferentes ángulos. Me sentí orgulloso de haber sido capaz de esperar pacientemente. Pero la tentación de forzar la cerradura fue fuerte. Mis habilidades de ladrón ya se sentían viejas y asentadas, como si siempre hubieran estado ahí. Me sentí desconcertado, como cuando se tiene el talento y la habilidad de hacer algo y ese algo empieza a atraerte. Sentí la llamada del crimen, empezando como algo débil e ignorable, pero fue cogiendo más y más fuerza. Del mismo modo que ahora sí bebía alcohol, ¿qué otras cosas vendrían con el paquete de criminal? ¿Estaban siendo minados mis principios morales? De momento no era más que un impulso, una atracción, un deseo reprimido que gritaba desde lo más profundo de un pozo sin alterar la paz de la superficie.

El chico finalmente consiguió desbloquear el casillero y ahí estaba mi uniforme. Reluciente y limpio. Ahí sí ponía mi nombre. Le eché un vistazo y me sentí profundamente orgulloso. Era un uniforme color azul marino oscuro, venía junto a una gorra rígida y una placa

reluciente que ponía: SEGURIDAD. Tuve mi tiempo para vestirme; me miré al espejo con mi nuevo uniforme. ¡Vaya! Casi parecía otra persona. Había pasado de ser un aburrido contable a ser un guardia de seguridad. Vislumbré un brillante futuro por delante. El chico me llevó de nuevo a la sala de seguridad. Ahí los guardias de día estaban recogiendo todo para irse, y los guardias de noche estaban esperando de pie para tomar sus puestos. Estos guardias de noche sí parecían competentes. Entre ellos estaba el guarda receloso del otro día. De brazos cruzados, con cierto aire de impaciencia. Junto a él estaban tres guardas más. Eran grandes y amenazantes. Me miraban con desconfianza; era yo el pez nuevo de la pecera. Si estos eran buenos guardias, guardias de vocación, ¿sabrían detectar a un ladrón cuando lo tuvieran delante? ¿Sería yo lo suficientemente buen ladrón para ocultar mi verdadera naturaleza?

—Experto en seguridad —dijo el guardia receloso—. ¿Sabes que hay muchos expertos en seguridad estos días? Muchos más que antes del golpe. ¿Qué fuiste antes?

—Contable —respondí.

—Contable... ¿Sabes lo que fui yo? Boxeador.

El hombre parecía orgulloso de eso. Había visto ese orgullo en muchos otros. La mayoría recibimos habilidades completamente opuestas a las anteriores, pero unos pocos recibieron unas relativamente cercanas. Esos se consideraban a sí mismos como superubicados. Aunque de poco le sirviera haber sido y haber olvidado todo. Se veían como superiores, y estaban orgullosos. Era el mundo un lugar de intrusos simulando ser lo que no son. Ellos, en cambio, son lo que siempre fueron, aunque de una manera sutilmente diferente. Ese experto en seguridad exboxeador se veía a sí mismo como superior a un experto en seguridad excontable. Aunque verdaderamente eso no tuviera demasiado sentido. El guarda señaló a otro que estaba en la sala.

—¿Tú qué fuiste?

—Hacker informático —respondió.

—¿Y tú? —dijo mientras señalaba a otro.

—Yo, cerrajero.

Vaya, ¿de qué me sonaba eso?, pensé. Estaban ahí frente a mí, tratando de impresionarme; querían decirme que estaban hechos de una pasta diferente a mí. No somos lo mismo, eso me lo dejaron claro.

Al margen de los superubicados que tenía por compañeros, mis días fueron bastante buenos. Pasaba la noche observando y vigilando, satisfaciendo mi apetito por robar de forma imaginaria. El trabajo de seguridad consistía en tratar de robar cada objeto en tu imaginación de muchas maneras posibles. Una vez sabiendo cómo había que robar cada pieza, podías truncar esas vías.

Los museos tienen un aire extraño cuando están vacíos, cuando es de noche y todo está oscuro y en silencio. Son el tipo de sitios que no esperamos que estén en ese estado nunca. Los esperamos ver abarrotados, llenos de vida. Verlos vacíos los convierte en otra cosa, en un funeral. El turno de noche te daba mucho tiempo para pensar. Ningún visitante te molestaba preguntándote por la salida. Me convertí en un paseante, y en un ladrón en mi imaginación.

Me entretenía contemplando los cuadros. Habían habilitado toda una sala para los cuadros reinterpretados. Esos que habían pasado desapercibidos en un primer momento, pero estaban ilustrando los anteriores, hace 500, 1000, 1500, 2000 años. A la luz de este reciente suceso, era bien claro lo que sucedía en esos cuadros, pero habían sido interpretados como simples fantasías o caprichos del autor. ¿Y qué si este barbero estaba confundido, con unas tijeras en la mano y una barra de pan en la otra? Una excentricidad propia de un genio con ánimo de romper reglas. Mi cuadro favorito era uno

que ilustraba unos exploradores visitando el nuevo mundo. Habían sido sorprendidos por el golpe y de explorar y de sobrevivir poco sabían ahora. Estaban siendo devorados por jaguares. El monje del grupo miraba al cielo, sabiendo que algo debía hacer y que él era el encargado de hacer esa intercesión dios-humano. Ya de rezos y oraciones poco sabía y se limitaba a mirar arriba, pidiendo explicación. Los soldados agarraban sus armas incorrectamente y utilizaban sus trabucos más como palos que como armas de fuego.

Y es que el anterior golpe fue especialmente relevante en la conquista del imperio azteca. Mucho se había escrito sobre el efecto que tuvo la viruela, las supersticiones locales, las alianzas con tribus rivales. Se había ignorado el mayor de los sucesos. Y es que los temibles soldados aztecas habían olvidado cómo luchar. Ante tan extraño y metafísico suceso solo cabría una explicación: Debían rendirse ante las extrañas criaturas que desembarcaban, mitad caballo, mitad humano. Que aunque estuvieran igual de confundidos que ellos, supieron mantener las apariencias. Bien es sabido que aparentar ser dios en una coyuntura así era más o menos fácil. Bastaba con estar ahí, mantener un poco la compostura; el resto del trabajo lo hace la imaginación de los demás alimentada por la barrera del idioma. Incluso en una sociedad laica como la actual, la religiosidad aumentó mucho; las iglesias estaban llenas, no solo de desubicados pidiendo limosna. También de personas que habían interpretado el suceso como una maldición o como una señal del cielo. Algo tan extraño solo podía ser obra de un dios con ganas de hacerse notar. La Biblia estaba llena de referencias a los diferentes golpes anteriores. El propio nacimiento de Cristo coincidió con uno de ellos. No costaba imaginar la enorme confusión de aquellos días y cómo pudo interpretarse como el cambio de una era. ¿Qué será lo siguiente? Pensaban muchos. Sentían como si a mitad de la partida le hubieran cambiado las reglas del juego. De forma inesperada e injusta. La mayor parte de la sala ilustraba el anterior golpe, pero también había algunas piezas de los golpes anteriores. Aunque mucho más difíciles de interpretar. Muchas de esas obras estaban ahí más por marketing que por otra cosa. La sala del golpe atraía la

atención y despertaba la imaginación de los confundidos visitantes en busca de respuestas. Era especialmente revelador ver las obras sabiendo que no habían sido creadas por pintores o escultores, sino por panaderos, agricultores o herreros. Personas confundidas que hasta ese día no habían tocado un pincel ni un cincel, pero ahora eran auténticos expertos.

Desubicado

Pronto supe que estaba sobrecualificado para el puesto de trabajo. Las primeras semanas fueron muy buenas. Conseguí tapar algunos agujeros de seguridad importantes. No sin esfuerzo, ya que mis compañeros me veían como una amenaza. Aprendí, pues, que debía comunicar directamente estos fallos a la directora. Eso hizo que me alejara cada vez más de ellos. ¿Pero qué más daba eso? Estaba pagando las facturas, y a fin de cuentas eso era lo que importaba. Los meses que había pasado sin trabajo habían esquilado mis ahorros y ahora era urgente reponerlos si no quería verme en la calle ante el más pequeño contratiempo. Intentaba no pasar mucho tiempo en la sala de seguridad; prefería patrullar por el museo o hacer trabajo de campo. Nunca llegué a hacer buenas migas con ellos. Siempre hablaron mal de mí a los superiores e intentaron que me despidieran. Una noche oí unos ruidos metálicos provenientes de la sala de los casilleros. Entre mis habilidades estaba sin duda la de observar sin ser visto y me acerqué sigilosamente a la fuente del ruido. Era un ruido sutil, amortiguado, como producido por alguien que no quería ser oído. Era el guarda líder junto a otro de ellos. Habían estado usando uno de los casilleros libres para dejar ahí collares y piezas robadas del museo. Al parecer usaban ese casillero para guardar el botín temporalmente. Dejaban ahí las cosas unos días; si todo salía bien y nadie las reclamaba, ya con las aguas tranquilas sabían que era todo suyo. Ahora lo estaban trasladando a una bolsa de deporte oscura. ¿Habían estado robando delante de mis narices? Creo que mi incorporación al trabajo había frustrado temporalmente el robo y les había obligado a dejar en el casillero más tiempo del deseado los tesoros. Antes de mi llegada habían estado sustituyendo todas esas piezas por falsificaciones. Verles ahí en la oscuridad hizo que una parte de mí quisiera unirse a ellos. Quizá mi golpe venía junto a cierta ambición insana. Cierta deseo de

amasar una fortuna por la vía deshonestas. Ver los tesoros no ya en las vitrinas, sino convertidos en botín de unos ladrones, dispuestos a repartírselos, venderlos en el mercado negro y sacar tajada. Hice cálculos mentales de la cantidad de dinero que podría valer todo aquello. Aceptando cierto descuento por la naturaleza ilegal de las mercancías. Sería imposible ganar tanto con mi trabajo de vigilante. Mi naturaleza, aunque contaminada por el golpe, seguía ahí. Alcé mi pistola, les apunté y grité:

—¡Quietos! ¡Las manos arriba!

Los maleantes se asustaron, pero pronto obedecieron. No tenía esposas; a diferencia de los policías, nosotros solo teníamos unas bridas de plástico que nunca habían sido usadas. El jefe receloso se dio la vuelta. En cuanto se repuso del susto, dijo:

—¿Crees que no sabemos que tú también eres un ladrón? Los ladrones nos identificamos rápido entre nosotros. Experto en seguridad... ¿A quién quieres engañar? ¿No te has dado cuenta? En el mundo hay más criminales que guardias y ahora todos los nuevos delincuentes andábamos con la misma idea. Intentar ser vigilantes o policías. La máscara cae pronto, porque por más que intentemos ignorar nuestra vocación, algo nos empuja y nos tuerce. Yo era profesor de literatura; en mi vida había imaginado estar en esta situación. Tengo dos hijos y estuve cerca de perderlo todo. Fui un desubicado, y por más que lo intentaba, fracasaba en todos los intentos de encontrar algo diferente.

Le escuchaba mientras seguía apuntándole.

—Tarde o temprano tendrás que aceptar tu naturaleza —continuó el guarda—. Tienes que elegir entre ser un ladrón rico o una persona honesta pero pobre; no hay más caminos.

El hombre empezó a caminar hacia mí.

—¡Quietos ahí, no te muevas!

—Acepta lo que eres. Únete a nosotros, repartiremos el botín. Y esto son solo migajas. Tenemos planeado robar la corona del zar y ahí sí nos retiraremos todos. Estamos ya fabricando la réplica que la sustituirá; estará lista en enero.

—No —respondí—, ini en sueños! Por más que nos haya tocado lo que nos ha tocado, siempre podemos elegir.

—Está bien —dijo el hombre—, puedes elegir. Puedes entregarnos a la policía; en ese caso diremos que tú siempre fuiste ladrón, y que todo este asunto vino a raíz de que nos peleamos por el reparto del botín; acabarás en la cárcel. O puedes unirte a nosotros y compartir el dinero. Tú eliges.

—¿Y si no quiero ninguna de las dos opciones? —repliqué.

—Mmm... En ese caso tendrás que abandonar el trabajo; guardaremos tu secreto, nadie sabrá que eres ladrón. Como jefe de seguridad tengo la facultad de aprobar o denegar tu incorporación al trabajo. Puedo simplemente decir que no encajas en el equipo, cosa que, por otro lado, es cierta. De esa manera hemos ido purgando a los candidatos anteriores y hemos conseguido que en el turno de día sean los más incompetentes posibles. Así molestan menos.

El líder había sido claro: solo podía elegir cárcel, ser un ladrón o ir de vuelta a la oficina de reubicación. Las dos primeras opciones me parecieron inaceptables en aquel momento. Me vi chantajeado por un maleante con disfraz de vigilante. Le dijo a la directora que no era bueno para el puesto, que no confiaban en mí y no sé qué más le diría, porque me despidieron y las puertas del museo se cerraron para mí para siempre.

Pronto me reuní de nuevo con la celestina de la oficina de reubicación. Si alguien podía ayudarme en un momento tan bajo, era ella. Ella, la suministradora de trabajos, a cada cual peor. Pero, ¿qué sería de mí sin ella? Mi vida había dado un vuelco, parecía que no iba a encajar nunca en ningún sitio, y apenas había encontrado

un trabajo en el que mis habilidades eran útiles de forma honesta y también estaba lleno de gentuza. Me dejó pensando lo que dijo sobre la proporción de criminales y guardas. Del mismo modo que una cárcel solo necesita un guarda para un buen número de criminales. El mundo después del golpe mantenía esa misma proporción. Éramos muchos más los ladrones, intentando todos la misma estrategia; sencillamente no había tantos puestos de trabajo de seguridad como maleantes éramos en el mundo.

La celestina fue especialmente desagradable esta vez. Antes de tan siquiera preguntarme: ¿A ti qué te ha tocado? Como las anteriores veces, en su lugar tecleó y tecleó, mirando a su teclado y a su pantalla. Y con voz desapasionada me dijo:

—Has agotado tus dos oportunidades. No habrá una tercera hasta dentro de un año.

—¿Cómo?

—Has pasado a ser un desubicado.

—Verá —respondí—, los trabajos no han sido adecuados para mí, he intentado...

La mujer, sin escucharme, marcó con un sello de goma mi ficha, marcándola como DESUBICADO.

—¡Por favor! —supliqué.

—Vuelva en un año.

Acto seguido me deslizó un papel que ponía: Club de apoyo de desubicados, una dirección y una cita para dentro de 365 días.

Mi mundo se estaba retorciendo. ¿Cómo iba a pagar ahora el alquiler de mi casa? Me había quedado sin ahorros y ahora también sin

trabajo. Era ahora un desubicado, y mis habilidades no me servían de nada.

Nunca me gustaron esos clubes de apoyo, pero esta vez es diferente. Ante un mal tan extendido como el mío, tal vez hayan encontrado alguna manera de aliviar verdaderamente el sufrimiento. La dirección de la tarjeta era un colegio. Todos los domingos de 21:00 a 22:00, rezaba. Los domingos el colegio era reconvertido en centro para desubicados y estaba ahora lleno de caras largas, pies arrastrados, miradas de desesperanza. Hicieron muchos grupos; a mí me citaron en la sala para eventos deportivos. Era un pequeño campo multideporte con unas cuantas gradas. Las líneas en la pista se confundían entre las que servían para atletismo, fútbol o baloncesto. Debía ser difícil jugar ahí. Habían preparado unas mesas con café y algunos dulces. En el centro de la pista pusieron un montón de sillas en círculo. Eran sillas que habían sacado de las aulas, de ahí que fueran más pequeñas de lo que cabría esperar para un adulto. El sonido de la lluvia golpeaba el techo de metal resonando en toda la enorme sala. Los truenos se dejaban oír cada cierto tiempo. Una única luz tenue iluminaba el centro del círculo. En uno de los lados del círculo, un sacerdote con un traje dos tallas superior presidía el grupo. Se notaba que no llevaba siendo cura mucho tiempo y que el traje no era suyo. Tuvo otro dueño anterior, y a saber dónde estaría ese pobre diablo.

—Estamos aquí reunidos para arrojar algo de luz a nuestro futuro —dijo el sacerdote una vez todos estábamos sentados en nuestros sitios—. Son tiempos difíciles y entiendo vuestro sufrimiento, pero bien sabe Dios que el sufrimiento compartido es más llevadero que el sufrimiento que guardamos para nosotros mismos. Es importante mantener el optimismo. Todo va a salir bien. Solo es cuestión de tiempo. Antes de nada, me gustaría conoceros un poco. ¿A quién le gustaría contar su historia?

El público se retorció vergonzoso, evitando miradas con el párroco que puedan ser interpretadas como una afirmación. Finalmente, un

hombre de mediana edad, canoso, gordo y con el pelo escaso y sucio alzó la mano.

—Fui camionero; tal vez lo siga siendo; esa profesión no es una de la que puedas desprenderte tan fácilmente. Mi padre fue camionero, mi abuelo fue camionero y más para atrás no sé qué serían porque no habría camiones, pero tal vez conducían carros con burros o caballos. Es una identidad, ¿comprendes? Una identidad familiar. ¿Y qué si no sé conducir un camión? ¿Es eso necesario?

El sacerdote inició un conato de aplausos.

—¿Alguien más? —dijo.

Una mujer alzó la mano:

—Trabajaba en un colegio, uno como este. Era profesora de filosofía. El golpe me sobrevino a mitad de una de mis clases. Estaba hablando, como de costumbre; ya no sé de qué. A mitad de la frase sentí un vahído. Cuando me recompuse, no sabía qué decir. Mis alumnos estaban también confundidos; el golpe también les había afectado. Los jóvenes vivieron el golpe de manera un poco diferente a los adultos. No tenían profesión que intercambiar, pero sí intercambiaron sus vocaciones. El niño que quería ser astronauta de repente quería ser bombero. El que quería ser veterinario ahora quería ser militar. Fue muy confuso para todos.

—¿Nos van a dar dinero? —dijo uno con la nariz rota que estaba cerca de mí.

El sacerdote se quedó algo descolocado.

—¿Nos van a dar algo de dinero? —repitió—. Porque está muy bien venir a hablar y a escuchar historias tristes, pero eso no va a hacer que estemos mejor.

—Este es un grupo de apoyo moral —dijo el cura—; es un grupo para entender que no estamos solos.

—¡Ya sé que no estamos solos! No hay más que leer los periódicos o encender la televisión. ¿No nos van a dar dinero? ¿Ni comida? ¿Qué apoyo es ese?

—¿Te gustaría contar tu historia? —dijo el sacerdote esquivando la batería de preguntas.

—Yo era adiestrador de leones. Y sé que hay muchos desubicados que son artistas de circo, pero es que yo era uno de los buenos. Trabajaba en un circo errante. Yo no soy de esta ciudad; me he visto atrapado en ella. De pronto el circo dejó de moverse y se quedó varado en esta sucia ciudad para siempre. El público dejó de venir. ¿Quién quería ver un espectáculo así? Los payasos no hacían gracia, los trapeceistas no sabían hacer nada que no supiéramos hacer tú o yo. El único atractivo era verme a mí tratando de evitar que los leones me comieran. Mis animales me respetaban, y eso no iba a cambiar de la noche a la mañana. Por mucho que ya no supiera cómo hacer mi trabajo. Pero eso no iba a durar para siempre. Los leones te ponen a prueba; poco a poco van probando los límites de uno hasta que te dan un zarpazo y te mandan para el otro barrio. Son animales enormes y muy peligrosos. Ahora soy camorrista. Ahí donde voy, el cuerpo no me pide otra cosa que romperle los dientes al que tengo delante.

Vaya, la cosa se pone interesante, pensé.

—¿Has pensado en ser boxeador? —dijo el cura.

—No, no... No soy de esa clase de peleador. Soy más bien de barra de bar, ¿entiendes? Alguien dice algo que no me gusta, o alguien hace algo, o alguien simplemente lleva puesta ropa que me enfada. Y ya la tenemos liada. No soy un peleador que acepte fácilmente las reglas. Soy más de botella rota y palo de billar partido. Como comprenderás, mi vocación tiene poco recorrido laboral.

—¡Eso mismo soy yo! —gritó una mujer—. ¡Yo también soy camorrista! No le había puesto nombre y pensaba que no era más que la rabia contenida por perder mi trabajo.

—¡No me gusta ni un pelo eso que estás diciendo! —dijo el primer camorrista.

—¡Ni a mí lo que tú has dicho!

—¿Qué he dicho yo?

La mujer dudó.

—No sé, algo de los leones. Estoy en contra del uso de animales en los circos.

El primer camorrista sonrió y se remangó la camisa.

—¡Esas diferencias solo pueden solucionarse con una buena pelea!

La mujer hizo lo propio remangándose.

—¡Calma, calma! —gritó el sacerdote—. No os dejéis llevar por vuestros impulsos.

—¡Eso me ha ofendido! —gritó el camorrista

—¡A mí también! —gritó la mujer.

En mitad de la confusión, uno de los que estaban ahí dijo:

—Yo soy árbitro de lucha callejera. Puedo ayudar a que tengáis un combate sangriento más o menos basado en reglas.

—¡Apostemos dinero! —gritó un ludópata.

—¡No, no! Nadie va a pelear, y nadie va a apostar dinero. —Dijo el cura.

Entre las sombras, aprovechando los gritos y que la atención estaba en otro sitio, un hombre aprovechó para incendiar una papelería. El pirómano gritó mientras la lanzaba contra las gradas:

—¡Que viva el fuego!

El golpe seco de la papelería en llamas sirvió como pistoletazo de salida a los camorristas para enzarzarse, no entre ellos, sino entre todos. El camorrista golpeó al sacerdote, la mujer golpeó al camionero y varios de los que estaban ahí escuchando sintieron la necesidad de unirse a tan grotesca pelea. Las llamas pronto se extendieron a todas las gradas de plástico. El humo negro y denso sirvió de atmósfera perfecta para el combate. El espectáculo había sido estimulante para mí, no lo voy a negar, pero la amenaza de morir asfixiado en un polideportivo infantil no me atraía demasiado. Cada vez era más y más difícil respirar ahí dentro. De modo que huí de allí. El resto de hombres y mujeres de mi círculo lucharon hasta que no tuvieron fuerzas y cayeron rendidos, asfixiados por el humo. Una vez fuera, pude ver las enormes lenguas de fuego que salían por las ventanas. El agua de la lluvia se evaporaba nada más tocar el techo metálico que actuaba como una sartén caliente. A veces personas desesperadas necesitan vías de escape desesperadas. Pensé.

Un suceso más para los periódicos sedientos de este tipo de historias rocambolescas. El golpe se cobra 17 víctimas, decía uno de los titulares. El edificio quedó reducido prácticamente a cenizas y dejaron de organizarse esos absurdos clubes de apoyo para desubicados.

Rodillas y riñones

Sin trabajo y sin opción de conseguir otro, el poco dinero que tenía acabó evaporándose rápido. Me echaron de mi casa y pronto me vi vagando por la ciudad como uno de esos vagabundos a los que el golpe había destrozado la vida. Cierta día me encontré con mi cafetería de siempre. Tal vez fuera casualidad llegar allí, o tal vez mi subconsciente me había guiado hasta allí como una forma de volver a ver algo familiar. Estaba ahí, en la calle, frente a la ventana, viendo a la gente entrar y salir. Vi al barista exescritor. Había aceptado su nueva habilidad y ahora hacía el café con una sonrisa. Observé al resto de ubicados que iban y venían, pululando como abejas en una colmena. Se puede ver fácilmente en la cara quién tiene una función en la vida y quién no. Y ahí dentro solo había gente del primer grupo. Fuera quedábamos los inadaptados. Mirando con envidia y desconcierto. ¿Qué me ha pasado? ¿Cómo he llegado hasta aquí? En mi sofá habitual estaba sentado un tipo con su café, su maletín y su cara de tener algo en mente. Iba bien vestido, traje a medida, reloj bueno. Probablemente fuera contable, probablemente me había robado el puesto en mi antiguo trabajo, pensé. Fuerte palabra esta de robar, y es que no se puede robar lo que nunca fue mío. Me sentía así, sentía que de algún modo me habían robado. Me vi reflejado en la ventana. Vi mi barba larga, mi ropa andrajosa y la mirada de quien no tiene nada que hacer salvo pensar dónde iba a dormir esa noche. Estaba ocioso. La ociosidad es algo que solo los ubicados ansían. Para nosotros la ociosidad pesa como una losa. La falta de estructura y dirección acaban por socavar nuestros cimientos más elementales. ¿Qué soy? Esa es la peor pregunta para un desubicado. Nada. No eres nada. Ser nada te convierte en alguien que espera a la muerte. Los días pasan sin un destino. Los pensamientos nuevos se amontonan junto a los viejos, desbordándose en una maraña informe. Sabía que debía irme, dejar

en paz a ese ubicado. Había yo estado en ese lado, y sabía que era incómodo que un andrajoso le observara. Podría yo ser peligroso, estar tramando algún robo. Vivimos tiempos convulsos y la delincuencia está al alza. Lo que no sabía ese hombre es que era más ladrón él que yo, y que yo estaba en esa situación por no querer dar rienda suelta a mi abyecta vocación. El ubicado había reparado en mí; conocía esa sensación. Estar a resguardo, con tu café, en tu lugar favorito y ver pasar desubicados. Me quedé más tiempo del razonable mirando por la ventana. El hombre, justo cuando me iba a ir, me hizo un gesto, con el dedo, indicándome que le esperase. Observé un pequeño detalle: antes de salir guardó su reloj caro en el bolsillo, se quitó la corbata y se desarregló un poco el traje.

—El mundo es un lugar injusto —me dijo elevando la voz, como si no solo se dirigiera a mí, sino a un público potencialmente mayor

Su discurso era ensayado y no iba dirigido a mí. Era un disparo con escopeta tratando de alcanzar al desubicado que miraba por la ventana, pero también a cualquier otro que estuviera cerca.

—No eres responsable de tu desgracia —continuó—. El mundo os ha dado la espalda, el sistema os ha desechado, como si no valierais nada.

El hombre continuó su discurso, alzando la voz, tratando de interpelar a los otros desubicados que estaban detrás de mí. En poco tiempo éramos un pequeño grupo escuchándolo. Utilizó el viejo truco del vendedor de crecepelo que consistía en animar a la audiencia a participar.

—Muchas caras veo aquí, muchas personas válidas. —iTú! —dijo señalando a una mujer que arrastraba un carro de la compra lleno de cartón—. ¿Qué te ha tocado?

La mujer no esperaba tener que participar y tímidamente dijo:

—Yo sé hacer sonidos con la boca.

Acto seguido empezó a hacer un sonido como si fuera algún tipo de pájaro. El hombre vio que de ahí no podía rascarse mucho y señaló a otro.

—¡Tú! ¿Qué te ha tocado a ti?

—¿Yo? Sé cuándo va a llover porque me duelen las rodillas.

El hombre titubeó; el experimento del público era siempre arriesgado, uno pierde el control y todo se vuelve imprevisible.

—¡Tú! Dijo ahora señalándome a mí. ¿A ti qué te ha tocado?

—Yo... Yo soy experto en seguridad...

—¿Veis a lo que me refiero? El sistema está tratando como despojos a gente válida. ¿No es la seguridad más importante hoy que nunca? Los ubicados están robándoos el futuro, tratándoos como escoria. — Dijo el ubicado como si él no fuera uno de ellos—. Es hora de que despertemos, que tomemos acción, que cojamos lo que es nuestro por derecho.

Con esta frase el público hizo un estallido contenido de júbilo. La mujer hizo un sonido de pájaro como señal de aprobación.

—No sois inadecuados para el mundo; el inadecuado es el mundo que os oprime y os trata como inservibles.

Mientras hablaba, se metía la mano en el bolsillo, como un mago que va a sacar algo espectacular. Con teatralidad mostró a la turba unas octavillas con su cara impresa. ¡Vota! Al parecer, ese indeseable se presentaba a alcalde de la ciudad. Colocó el papel frente a su cara y sonrió imitando el gesto con una sonrisa igual de blanca que en la foto. Empezó a repartir los folletos.

—No olvidéis que vuestro voto vale lo mismo que el de cualquier ubicado.

Casualmente o no, pasaba por allí un reportero con una cámara de fotos. Cuando lo vio, el político exvendedor de ungüentos me dio un fuerte y largo abrazo, lo suficientemente largo para que al fotógrafo le diera tiempo a hacer la foto. Por primera vez en mucho tiempo me sentí usado. Por un momento fui útil para alguien. Estaba ahí estrujado en los brazos de ese hombre, a mi juicio no mucho mejor moralmente que los falsos cerrajeros o los falsos vigilantes. Ese hombre se estaba aprovechando de mí, alimentando mi odio contra quienes tenían lo que antes yo tenía. Mi instinto me hizo reclamar un pago por mis servicios. Sí, ese hombre me estaba usando. ¿No debía yo recibir algo a cambio? Mi diestra mano se deslizó como acto reflejo de un buen mago dentro de su bolsillo. En un instante estaba el reloj en mi mano. Y con otro golpe estaba como si nada en mi muñeca, tapado por la manga de mi abrigo. Me dio un apretón de manos igualmente fotografiado. Entre nuestras manos había dispuesto su tarjeta de visita. Se acercó al oído y me dijo:

—Es complicado estos días encontrar a un buen experto en seguridad; ven a visitarme, puede que tenga algo para ti.

El futuro alcalde se despidió y los desposeídos le aclamaron con vítores mientras el fotógrafo seguía haciendo fotos. Su gesto volvió a ser inexpresivo y volvió a su sofá con su café ya frío. Los desubicados se quedaron ahí en círculo. El discurso los había unido de algún modo y eran por un instante una pequeña familia. Nadie dijo nada hasta que el de las rodillas dijo:

—Vámonos, que va a empezar a llover.

Nos fuimos de allí y seguimos caminando por la ciudad, pero esta vez unidos. Ya no estábamos solos. Ese hombre había creado cierto vínculo entre nosotros. A partir de ese momento, yo sería el que recibió el abrazo, otro sería el de la lluvia en las rodillas, otra la de

los sonidos raros y dos más que no habían participado. Ya no éramos desconocidos. Así pues, nos dirigimos a buscar refugio. Cuando estás en la calle, a menudo te encuentras situaciones similares; cualquier suceso basta para convertir en masa un grupo de individuos. Conozco un sitio donde podemos refugiarnos de la lluvia, dijo el de las rodillas. Así fue como el grupo renovó sus ánimos y puso rumbo a donde quiera que fuese que le llevase ese hombre que acababan de conocer. Como era de esperar, pronto empezó a llover y tuvimos que crear paraguas con cartones improvisados. Estamos cerca, dijo el hombre.

El lugar era una antigua clínica de un dentista. Estaba sucia y desordenada, llena de trastos y cartones por todas partes. Nos recibió un hombre que llevaba una bata azul de dentista.

—Traigo a unos amigos para pasar la noche —dijo el de las rodillas.

—¿Cuántos son? —dijo el dentista mientras nos revisaba como ganado.

—Cuatro, son cuatro.

En el momento me sorprendió que no se contara a sí mismo en el grupo.

—¿Están sanos?

La mujer hizo un inoportuno ruido de pájaro. Al parecer los hacía cuando se ponía nerviosa.

—Sí, sí, están sanos —dijo el de las rodillas.

El dentista nos hizo pasar a una sala interior sin ventanas.

—Pasad, pronto os traerán agua y algo de comida. ¿Tenéis sed? ¿Hambre? Están cocinando para vosotros.

Nos metieron en esa habitación mugrienta. En el suelo había tirados tres colchones sin sábanas. El hombre de las rodillas se quedó fuera. Empezó a discutir con el dentista sobre dinero. Al parecer reclamaba un pago por habernos traído ahí. El dentista no estaba del todo conforme con la cantidad y estaban regateando sin alzar la voz demasiado. Llegaron a un acuerdo y se dieron un apretón de manos. El dentista cerró la puerta y la bloqueó por fuera.

—Nos vemos mañana —sentenció.

Habíamos caído en una trampa y a saber qué nos iban a hacer ahora. La mujer de los ruidos empezó a hacer lo propio con mayor intensidad. Los otros dos parecían ya haberse acostumbrado a la situación y estaban peleándose por dos de los colchones.

—¿Vosotros qué sois? —les dije.

—¿Nosotros?

—Sí, ¿qué os ha tocado a vosotros?

—¿A nosotros? Yo soy catador de bombones. Sé diferenciar entre un buen chocolate y uno malo.

—¿Y tú?

—Yo soy desubicado.

—No, no me entiendes, ya sé que eres desubicado. Pero, ¿qué habilidad te ha tocado?

El hombre pensó.

—Nada, no soy nada —concluyó.

—¿Nada? No he conocido a nadie a quien no le haya tocado algo, por estúpido o inútil que sea.

—No, nada —replicó el hombre sonriendo—. Nunca he sido nada; no era nada antes del golpe. Ya era desubicado mucho antes de que fuera una palabra de moda. Nunca he sido nada.

—¿Cómo no vas a ser nada? —dijo el catador—. Algo serás. Piensa.

—No, no, no lo entiendes. Yo nunca he sido nada. Sé que no soy nada y esto del golpe no tuvo ningún efecto en mí.

—Puede que seas como yo —dijo la mujer de los ruidos—. A mí también me costó mucho saber qué me había tocado. ¿No sabes hacer ningún ruido?

—No, no sé hacer nada, y estoy muy orgulloso de no saber hacer nada.

—¿Nunca has trabajado?

—No, nunca me he tenido que vender de esa manera. Tampoco he tenido ninguna habilidad que nadie quisiera alquilar. Lo único que tengo de valor son mis órganos, y estoy a punto de perder otro.

El catador se rio nerviosamente como si hubiera dicho una broma.

—Mira —dijo el desubicado levantándose la ropa y mostrando una cicatriz en el costado—. Esta fue de cuando me quitaron el riñón. Pero no pasa nada. Los tengo duplicados.

El hombre rió.

—¿Qué, van a robarnos los órganos? —dijo la mujer.

—¡No, no! —respondió el desubicado—. No te van a robar todo, solo lo que te sobra. Y en cuanto vean que solo me queda un riñón, me dejarán libre.

—¿No ves que pueden quitarte un ojo, idiota? Que también lo tienes duplicado —dijo el catador.

—Sí, o quizá te pueden quitar la piel. Desollarte y sacarte toda la piel; puede que también puedas vivir después —dijo la mujer.

—No, no creo que hagan eso, eso sería demasiado salvaje; estos son gente civilizada. Tengo un buen recuerdo de mi última extracción. Son profesionales, y con la anestesia no te enteras de nada.

—¿Y no te pagaron nada? —dijo la mujer.

—¿Pagar? ¡No! Eso sería trabajar. Solo el hombre ese raro que presentía en las rodillas cuando iba a llover va a ver algo de dinero por nosotros.

—¡Pero eso es horrible!

—¿Horrible? ¿No te has dado cuenta de que hay ubicados que necesitan un riñón para vivir? Y nosotros andamos aquí con dos, desaprovechando uno.

La mujer hizo un ruido pidiendo auxilio, como un pájaro angustiado.

—Sabía que no debía seguir a desconocidos. Solo que con la lluvia una baja las defensas. Buscando refugio, hemos acabado en la boca del lobo. ¿Y tú? —dijo la mujer mirándome—. ¿Tú no vas a decir nada? ¿También te da igual? ¿Vas a perder el corazón y te da igual?

El desubicado interrumpió. No, no te van a quitar el corazón; como ya dije, no son bárbaros. Solo quieren lo que te sobra. Si te sobra un riñón, despídete de él.

—¿Y a ti qué te había tocado, seguridad, dijiste? —dijo la mujer.

—Mmm, no —respondí—. En verdad soy criminal, sé robar cosas.

—Anda, lo que me faltaba, otro ladrón más —dijo el catador de bombones.

—No, no —dijo la mujer—. Eso es útil, entonces sabrás abrir una puerta como esta, ¿no? Lo he visto en las películas; te puedo dar una pinza del pelo.

—No, no puedo, la puerta la han bloqueado con algo por detrás, con un mueble o una silla —respondí.

El catador agarró al desubicado del cuello:

—¡Dime cómo se sale de aquí, nihilista inútil! —El hombre reía mientras era zarandeado de un lado para otro—. ¡Ya has estado aquí! ¿Cómo se sale?

El nihilista recuperó un poco el aliento:

—¿Preguntas cómo se sale? ¡Sin riñón!

El loco volvió a derretirse en una carcajada mientras el catador lo agitaba de nuevo. La mujer se unió al apaleamiento dándole patadas en las costillas.

—Tengo una idea —dijo en voz baja.

—Eso, el criminal tiene una idea —dijo el apaleado.

—Si queremos salir, solo puede ser de una manera. Solo hay una cosa que esos de ahí fuera valoren. Y son nuestros órganos. Tenemos que simular que nos estamos peleando, pero no como hacéis ahora con gritos y risas. Quiero decir que deben pensar que nos estamos matando de verdad. Solo así tendrán que entrar a detenernos si no quieren perder sus órganos.

—Buena idea —dijo la mujer.

Enrollamos los colchones para poder golpear algo que parezca una persona y empezamos a golpearlo, dándole patadas, puñetazos, lanzándolo de un lado para otro y gritando. Unos gritaban como si

estuvieran haciendo un esfuerzo por golpear y otros hacían alaridos como si estuvieran siendo golpeados. Éramos un grupo patético dando patadas a colchones y gritando. Por suerte no había ninguna cámara de seguridad grabándonos. El desubicado estaba escéptico, de brazos cruzados observando la escena. Estábamos ya perdiendo las fuerzas y a punto de rendirnos.

—¡Eso no va a funcionar! —dijo el nihilista—. Estáis haciendo los tontos, nadie va a entrar.

Los tres miramos con odio a ese imbécil. La mujer emitió un graznido de guerra poderoso y devastador mientras se abalanzaba contra el hombre, arrinconándolo contra la puerta.

—¿No? ¿No va a funcionar? A ver si esto funciona.

La mujer sacó energías de no se sabe muy bien dónde para aplastar la cabeza del hombre contra la puerta de metal. El catador pronto se unió, pateándolo con fuerza en las costillas. La mujer lo tenía agarrado por el pelo, convirtiendo su cabeza en un martillo. El sonido del cráneo chocando contra la puerta y la sangre que encharcaba todo el suelo alertaron finalmente al dentista, que abrió la puerta con un palo en la mano.

—¿Qué coño estáis haciendo? —dijo desconcertado y enfadado.

La mujer pájaro dejó caer al nihilista inconsciente o muerto en el suelo.

—Habéis matado a este tío —dijo como si por un momento el vendedor de órganos humanos tuviera reparos morales—. Lo habéis llenado todo de sangre.

Aproveché un descuido para agarrar al dentista por el cuello. Una maniobra rutinaria que supe ejecutar a la perfección. La mujer pájaro y el catador enfervorecidos y ensangrentados golpeaban ahora al dentista con saña, resbalándose y escurriéndose en una

vorágine sangrienta y salvaje. Pronto el hombre quedó inconsciente y pudimos escapar de ahí. Fuera estaba el hombre de las rodillas, asustado y con las manos levantadas, simbolizando rendición. La pareja de apaleadores agarró al hombre, lo empujaron, lo golpearon, lo mordieron. Aproveché para huir del lugar; no quería tener nada que ver con aquello. Me había librado de perder uno de mis valiosos riñones; no debía arriesgarme ahora a perder mi libertad acabando en la cárcel. La lluvia seguía cayendo, con más fuerza que antes. Levanté mis brazos y miré al cielo; pronto el agua había limpiado de sangre mi cara y mis manos, pero no mi ropa, que seguía empapada de sangre. ¿Llamaré la atención? Pensé. No, era un desubicado; nadie presta atención a los desubicados.

El asalto

Decidí conservar el reloj, no ir corriendo a venderlo a cualquier casa de empeño; eso hubiera sido amateur. El reloj me servía como símbolo, como estandarte de una nueva etapa. Pensaba que robar me rebajaría moralmente, que aquel acto me haría sentirme culpable. En un acto reflejo había robado un reloj a un hombre. ¿Hasta qué punto no había sido en defensa propia? ¿Acaso no me había atacado él a mí antes? El robo en defensa propia es quizá un concepto poco defendible a nivel jurídico, pero yo lo sentía así. Sentía una extraña satisfacción. Un sentimiento de restitución. El mundo ahora quizá era un lugar un poco más justo. Y todo gracias a un acto vil de manual. ¿Era eso posible? Me daba igual. El acto supuso el pistoletazo de salida para una carrera de obstáculos en espiral y hacia abajo, con la cerrajería de los esclavos como punto de partida.

Intenté acicalarme lo mejor posible en unos baños públicos. Me lavé la cara, me arreglé un poco la barba y volví al mugriento polígono industrial, pero esta vez las cartas estaban bocarriba. Ya no iba inocentemente a buscar trabajo de cerrajero, iba a proponerles un plan. Entré en el negocio como un vendedor con un discurso de venta. Ahí no había nadie. Es lo que tienen las tapaderas; no siempre se mantienen las apariencias. Tenían una de esas campanas de los hoteles y empecé a hacerla sonar. Solo conseguí que un perro empezara a ladrar. Seguí golpeando la campana cada vez con más insistencia. El hombre flaco salió de la trastienda con la misma camisa sin mangas de la otra vez. Dijo algo en su idioma que interpreté como:

—¡Ya voy, ya voy!

El hombre me reconoció enseguida:

—¡Ah! Eres tú. Dime, dime.

Acto seguido gritó en su idioma y el gordo salió sobresaltado, también con la misma camisa sin mangas.

—Has tardado mucho en volver; pensábamos que no te interesaba el trabajo.

—No me interesa vuestro trabajo, vengo a ofreceros un trabajo a vosotros.

—Pasa, pasa —interrumpió el gordo—, hay cosas que es mejor no hablar aquí fuera, pasa.

Señaló la puerta que llevaba a la trastienda. Un lugar mucho más apropiado para un plan como el mío, oscuro, sucio y decadente. Si iba a tocar fondo, iba a tocar fondo por todo lo alto.

—Tengo un plan —continué cuando ya los tres hombres nos habíamos posicionado—. He estado trabajando en un museo estos meses como guarda de seguridad. He ayudado a solucionar muchos de los problemas que tenían, pero me dejé muchos agujeros sin tapar. Mi plan es entrar al museo y robar la pieza más valiosa de todas. Una corona de oro y diamantes incrustados que vale una auténtica fortuna.

Tenía la atención de aquellos maleantes. Entendí rápidamente que estaban hartos de pequeños golpes y botines insuficientes. Estaba poniendo sobre la mesa un gran plan. Uno con el que todos nos jubilaríamos y no tendríamos que hacer ningún otro robo. Podríamos dedicarnos a lo que quisiéramos, ya sin la presión de estar ubicados en ningún sitio. Los hombres estaban entusiasmados, y les detallé el plan. La seguridad del museo estaba llena de agujeros. Y los conocía todos. También les dije que teníamos que actuar rápido, porque en un par de meses los propios guardias del museo tenían pensado

robar la corona ellos mismos. Solo les pedí una cosa. Antes de hacer nada, necesitaba un adelanto, un poco de dinero con el que poder planificar y encargarme de todo. Dije que tenía que sobornar a un par de guardias, cosa que era mentira. A regañadientes los hombres aceptaron. Eran pobres como ratas y no pudieron darme mucho, pero lo suficiente para poder pagar de nuevo un apartamento barato. Dentro de nada seremos hombres ricos. Venderemos la corona y dividiremos el dinero entre los tres.

Me sorprendió la facilidad con la que mentí aquella vez. Una cosa me llevó a la otra. Para que no supieran que necesitaba el dinero porque estaba durmiendo en la calle, necesitaba darles alguna excusa. ¿Qué era mentir a esa gente? Criminales de poca monta, gente sin escrúpulos. Como robarle el reloj a un político, mentir a un criminal me parecía algo completamente lícito.

Tras esa conversación inicial pasamos largas semanas planificando todo. Pronto me di cuenta de que eran bastante torpes. No solo porque hablaran otro idioma, sino porque no tenían mucha idea. No se les daba bien coordinarse, ni planificar, ni nada que tuviera que ver con el crimen.

—¿Se puede saber qué clase de criminales sois vosotros? ¿Qué os ha tocado exactamente? ¿Estafadores? ¿Ladrones de bolsos de anciana?

El flaco miró al gordo y se encogió de hombros, consensuando con el gesto su confesión.

—Nada de eso —respondió el flaco—. No somos criminales, al menos ya no lo somos. Yo soy profesor de literatura rusa del siglo XIX, y él es filólogo traductor de ruso a inglés.

—¿Cómo? ¿Y qué hacéis aquí entonces?

—No lo entiendes —siguió el hombre—. Ni siquiera somos rusos ni tenemos nada que ver con Rusia. Criminales es lo que siempre

habíamos sido, con lo que nos ganábamos el pan. Robábamos principalmente bancos y mansiones. El golpe nos quitó todo lo que teníamos. Robar ya no es lo nuestro. Ahora no hago más que leer a Dostoyevsky, Tolstoi o Chéjov. ¡Es terrible! Lamentablemente, no encontramos demanda para nuestras nuevas vocaciones y pasamos a ser desubicados...

Vaya, pensé, iba a tener que hacer un robo con dos eruditos. Al final, el contable ha resultado ser el único ladrón del equipo. Mi orgullo se sintió reforzado. ¿Podía hacer el robo del siglo con esos dos? Sin duda era un gran reto, uno de los que me gustaban. Mi plan inicial ya asumía en gran medida poca exigencia con esos raterillos, pero tras la confesión lo simplifiqué aún más. El plan debía poder ser ejecutado por un niño de cinco años o por un par de ilustrados pseudorrusos. Me gustó la idea, tratar de ganar el combate con una mano atada a la espalda.

Llegó el día del gran robo. Todo estaba dispuesto y preparado para el asalto. Los literatos llevarían un pequeñísimo dispositivo en la oreja que les permitiría comunicarse conmigo. Había conseguido tener acceso a las cámaras en tiempo real y así los podría ir guiando. Los dos hombres se ducharon y se disfrazaron de turistas. Nada de esa camiseta sucia sin mangas que acostumbraban a llevar. Estaban irreconocibles, con un sombrero, gafas de sol y una cámara colgada al cuello.

—¿Me escucháis?

—Sí, alto y claro, te escuchamos.

—Poneos frente al galeón de la entrada.

—Sí, lo vemos, vamos para allá.

—Ahora girad a la izquierda, no, por ahí no, derecha no, izquierda!

Eran tan torpes y estaban tan nerviosos que apenas sabían moverse sin despertar sospechas. Estaban andando erráticamente, dando giros bruscos como títeres guiados por hilos invisibles. Uno de los guardias jóvenes no tardó en seguirlos.

—¡Os están siguiendo, actuad normal!

Ante tal llamada a la calma, los dos hombres se giraron bruscamente, como si alguien les hubiera dicho de forma sincronizada que tienen un fantasma detrás. El guardia, frente a tan sospechosa conducta, les gritó:

—¡Eh! ¡Vosotros!

Los hombres se quedaron quietos, como niños a los que han pillado con los bolsillos llenos de chokolatinas.

—¿Qué hacéis? —dijo el guardia.

El flaco miró al gordo y el gordo miró al flaco sin decir nada.

—¿Qué estáis haciendo? —insistió el guarda.

Todo se estaba viniendo abajo por la incompetencia de esos tarugos. Mi plan consistía en que crearan una distracción en el lado opuesto a la corona del zar. Debían pelearse, gritar, discutir, romper algo; los guardias se concentrarían en ellos y mientras tanto yo podría entrar por una de las ventanas de la sala del zar que tenía una cerradura vulnerable.

—¡Lo estáis arruinando todo! —dije.

—¡Lo estás arruinando todo! —dijo el flaco al guarda.

—¡No, no, no!

El joven estaba tan confundido como ellos.

—¿Qué decís?

La escena se volvió caótica con los dos hombres mirando a su alrededor de forma extraña.

—Fijaos en el pasillo de la izquierda. ¿Lo veis?

—Sí, lo vemos —dijo el gordo dirigiéndose al guardia que ya tenía la mano en la porra.

—¿Veo qué? —dijo el guardia.

—¡Corred por el pasillo! —grité.

Los hombres, como autómatas sin cerebro, rodearon al guardia y corrieron por el pasillo como locos. El guarda estaba confundido y empezó a usar su silbato. Pronto los dos tarados estaban siendo perseguidos por el pasillo por varios guardias que no sabían muy bien cómo reaccionar ante un suceso tan desconcertante.

—¡Ahora dividíos, cada uno a una sala! —les dije.

Los dos hombres se dirigieron a la misma sala; luego, al ver que no estaban donde debían estar, dieron una carrera en dirección opuesta hasta que de nuevo se dieron cuenta de que seguían por el mal camino.

—¡Tú por ahí, yo por aquí!

La extraña pareja estaba creando justo la confusión que necesitaba. Eran tan pésimos como ladrones que el plan estaba funcionando. Todos los guardias estaban gritando, persiguiéndolos, y los dos idiotas gritaban cosas en ruso por si el nivel de absurdo y caos no fuera suficiente. Tuve la sala de la corona toda para mí; fue extraordinariamente sencillo desconectar el sistema de seguridad, abrir la ventana, quitar la cúpula protectora y coger la corona. ¡Aquí está!, pensé. Resistí a la tentación de ponérmela y mirarme al

espejo. Sentirme como un zar. Había conseguido llevar a cabo el plan. Los ruidos de los dos hombres se oían cada vez más cerca.

—Mierda, por aquí no, por aquí no, idad la vuelta!

Se dirigían corriendo directamente a la sala de la corona con todos los guardas del museo detrás. Alguien dio la orden de cerrar las compuertas de la sala para que esos dos no pudieran entrar, pero las compuertas eran lentas y los idiotas rápidos. En un instante estaba encerrado en la sala junto a esos dos y los guardas gritando fuera:

—¡Estáis encerrados! ¡La policía está en camino! ¡No os mováis!

—¿Qué hacéis aquí? —les dije.

Los hombres estaban fatigados de tanto correr de arriba para abajo. El gordo había hecho un auténtico esfuerzo.

—¡Hemos distraído a los guardias! —dijo el flaco jadeando.

—¡No! ¡Los habéis traído justo aquí!

En cuanto se recuperaron un poco, quisieron tocar la corona.

—¿Puedo tocarla?

—¡No!

El gordo puso sus grasientas manos igualmente.

—¡Es tan bonita! Estaban embelesados por el tesoro y no estaban siendo conscientes de que la policía estaba en camino y tenían que pensar algo.

—¡Es falsa! —dijo el flaco.

El gordo se acercó más, examinándola.

—Mira estas letras en cirílico, no pone nada con sentido.

—¡Es verdad, es falsa! —gritó el gordo.

—¿No iban a robarla en enero? Dijo el otro.

Examiné la corona con más detalle; efectivamente, no era oro, ni diamante, era una falsificación, una buena falsificación. Estamos perdidos, pensé. Todo el plan se había venido abajo por la única variable que se me escapaba. Que los guardas corruptos pudieran haber acelerado el robo. ¿Qué podía hacer? Yo podía escapar por donde había entrado, trepar de nuevo por los tejados e irme de allí. Pero esos dos no tardarían en acabar estampados contra el suelo. Y eso sin descontar que el gordo no cabía por la abertura de la ventana. Como un rayo se me ocurrió una idea.

—Quedaos aquí —les dije a los rusos.

Salí por la ventana al exterior; abajo pude ver ya varios coches patrulla y varios policías acordonando la zona. Mierda, debía darme prisa. Sabía que si me descolgaba por la cornisa podría acceder quizá a la sala de los casilleros. Mi última bala era esperar a que los guardas hubieran dejado de nuevo la corona en la taquilla. Tal vez haya pasado poco tiempo desde que hicieron el cambio y estaba ahora aquí esperando a los ladrones. Abrí la cerradura con rapidez; por suerte, los guardas y la policía estaban muy concentrados rodeando la sala de la corona. Fui abriendo uno por uno los armarios; solo encontraba uniformes hasta que de pronto: ¡Bingo! Ahí estaba, en el interior de una mochila negra. Ahora solo tenía que salir de allí. Me puse uno de los uniformes y salí por la puerta simulando que había salido para mirar la sala de la corona desde abajo. ¡Es por ahí, en la sala de la corona! Le dije a uno de los policías que buscaban indicaciones. Salí de allí como si nada, con la bolsa negra y mi reluciente uniforme. Pocos sentimientos se parecen al de trazar un plan casi imposible y que todo salga bien. Llegué a mi apartamento con mi corona. Ahora el zar soy yo, pensé.

No mires hacia abajo

Todos los medios se hicieron eco de la noticia; en la ciudad no se hablaba de otra cosa. Unos ladrones incompetentes disfrazados de turistas habían intentado robar la corona del zar, pero les habían pillado antes de que pudieran sacarla de la sala. La corona falsa volvió a su vitrina. Los rusos pasarían una temporada en la cárcel. Y yo tenía ante mí mi valioso trofeo. ¿Debía venderlo? ¿Cómo iba a vender algo así? ¿Qué es el dinero comparado con el estatus que te da una corona? Y más aún una corona que nadie sabía robada. ¿El zar hubiera vendido su corona? ¡Qué sinsentido! Coloqué la pieza junto al reloj del político. Como símbolo de mi éxito, mi premio, mi transformación. Me había convertido en todo aquello que odiaba: un mentiroso, un manipulador, un ladrón. Ya no era un desubicado, ahora estaba ubicado en el extrarradio de la moral.

Tenía en mis manos la tarjeta que me había dado el político charlatán; ponía su dirección y pensé en hacerle una visita. Tal vez él pueda darme trabajo, uno que se adecuara a mis necesidades actuales. Un trabajo blanco, pero también negro, un trabajo moralmente gris. Mi hambre de crimen y engaño podía ser satisfecho mientras me aplaudían, y sin preocuparme de la policía. Parecía el camino adecuado para mí.

Me dirigí a la dirección que venía en la tarjeta de visita. Por el camino observé el mundo. El nuevo mundo. Todo estaba en orden otra vez. Nadie que viera la escena podría decir que allí hubiera pasado nada raro. Desde un punto de vista cósmico, nada había cambiado. Siempre me fascinó la capacidad de los humanos de aceptar el absurdo, de naturalizarlo y abrazarlo, de ignorarlo y asumirlo como el primer ladrillo sobre el que se construye el resto de nuestra existencia. El elemento fundacional de la vida es el absurdo.

Nuestras mentes habían sido alteradas por unas leyes absurdas que ni sabíamos que estaban ahí. Y simplemente lo habíamos aceptado como normal. Como una nueva normalidad, una nueva base sobre la que vivir. Podría uno pensar que habíamos integrado algo absurdo a nuestra normalidad, pero no es así. Nuestra normalidad ya es en sí misma una amalgama de elementos absurdos. Cosas que están porque sí. No es casual que todas las preguntas de los niños declinen inevitablemente en esa respuesta: Porque sí. Y es que si un niño preguntón pregunta, pregunta y pregunta. ¿Por qué esto? Y entonces, ¿por qué aquello? Los adultos tenemos fácil solución para las primeras preguntas, las más superficiales. Si el niño sigue preguntando por qués, acabará desvelando el montón de nada sobre el que se asienta todo el sentido de nuestra vida. ¿Por qué? Porque sí. Ese es el parche, el andamiaje que sustenta todo lo demás. ¿Podemos vivir sin una base? ¿Puede nuestro castillo no tener cimientos? A la vista está que sí podemos. Muchos pensarán ahora que esto que digo es falso, que el hombre necesita un sentido, que lo busca, que lo inventa. De ahí los dioses, de ahí las religiones. Hubo el primer rayo; el primer humano no aceptó que aquello fuera porque sí, inventó a Dios. Es también cierto que el humano evita mirar la nada sobre la que camina. Nuestras vidas son un castillo de naipes construido sobre la nada. Es como esos dibujos animados en los que el coyote corría más allá del borde de un precipicio, pero no se daba cuenta y estaba corriendo ya por el aire. Como no se había dado cuenta de su situación, seguía en el aire. Podía estar flotando todo el tiempo que fuera necesario. No importaba. Solo cuando miraba hacia abajo y se daba cuenta de que no era suelo lo que pisaba era cuando caía. Miré el mundo, todo funcionaba, la gente volvía a estar ajetreada, preocupada de problemas banales de sus nuevos trabajos. Enfadados, alegres, tristes, esperanzados, atemorizados por los eventos más superficiales de sus vidas. Como el coyote, nadie miraba al suelo, nadie estaba siendo consciente de que no caminaban sobre suelo ya desde hace mucho tiempo. Así que todo seguía funcionando.

Las oficinas del charlatán estaban en el centro de la ciudad, una zona buena y cara. Tenía toda una planta de uno de esos edificios altos. El ritmo era frenético en ese lugar. Decenas de personas se movían de aquí para allá; otros hablaban por teléfono. La sala estaba prácticamente empapelada de carteles con la cara de aquel hombre, animando a que le votáramos. Con esa mirada vacía y esa sonrisa blanqueada. Cada cual tiene su juego; unos robamos en museos, otros roban a los desubicados. Era aquel hombre un vendedor de ilusiones; vendía la salvación, pero por el camino solo él se enriquecía. Tuve que recorrer la enorme sala de laboriosas abejas hasta llegar al despacho de la abeja reina. Las paredes eran de cristal y pude ver que estaba hablando por teléfono, muy excitado, hablando rápido, gesticulando, vendiendo. Vi que ya tenía otro reloj igualmente caro. Toqué a la puerta y me hizo un gesto indicando que esperase.

—¿Y tú quién eres?

—Soy un desubicado al que conociste en una cafetería; me diste tu tarjeta. —Dije dejando la tarjeta sobre su mesa.

—Ahh —replicó—, claro, sin mucho interés.

—Soy experto en seguridad.

Su gesto cambió. Por un momento pensé que se acordaría de que le robé el reloj, pero continuó:

—¡Bien! Eso es justo lo que estoy buscando. Mira, —dijo mientras señalaba a esa maraña de trabajadores que iban de un lado para otro—. El proyecto está creciendo rápido, y estamos llamando mucho la atención. No quiero ser el próximo Kennedy, ¿comprendes?

El hombre apuntó con su dedo índice su sien como si su mano fuera una pistola. El hombre escondió disimuladamente su reloj y continuó.

—Tenemos una misión moral; me siento obligado a hacer todo esto. Para mí esto es un sacrificio, pero alguien tiene que hacerlo. ¿No? Qué iba a ser de todos esos desubicados sin alguien que represente sus intereses. Mira toda esta gente trabajando; antes eran todos desubicados, ahora tienen una función en la vida. ¿No es eso maravilloso?

El hombre se puso ahora serio y continuó:

—¿Te cuento un secreto? Yo antes era uno de ellos; pasé mucho tiempo en la calle, sin saber muy bien qué hacer. Había sido como tú, experto en seguridad, pero el golpe echó todo a perder. Me convertí en vendedor nocturno. Ya sabes, uno de esos tipos que aparecen a las tantas de la madrugada vendiendo cosas. ¿Qué podía hacer yo con eso? Tenía unas habilidades de mierda. Lo perdí todo, mi mujer me dejó, me quedé sin casa. Ahí conocí a muchos que también habían sido expertos en seguridad en el pasado y estaban en las mismas. Una noche me desperté sobresaltado; había tenido un sueño en el que me convertía en el líder de todos los desubicados. Debía reunirlos, agruparlos, hacerlos más fuertes y asaltar el poder. Desde esa noche no he dejado de trabajar para conseguirlo. De momento cabemos todos en una oficina, pero pronto nos expandiremos por todo el país. Necesito alguien capaz, no solo para encargarse de la seguridad. Ya me entiendes. Hay trabajillos que uno debe hacer. Encargarse de la competencia y esas cosas. Para estar limpios, a veces hay que ensuciarse las manos. Ya sabes, la seguridad es un concepto amplio y puede abarcar muchas cosas. Pero antes de nada... una cosa: ¿Qué clase de experto en seguridad eres?

—Uno de los buenos —dije.

—No, no. Me refiero a... Ya sabes. Estos días hay muchos expertos en seguridad, pero no todos son capaces de hacer lo que es necesario. Proteger está bien; sin embargo, eso es lo más básico. A veces la mejor defensa es un buen ataque. —Dijo mientras hacía el

gesto de golpear con el puño—. ¿Qué tipo de experto en seguridad eres?

—Criminal —respondí.

—¡Bien, bien! Eso es justo lo que necesito. Mañana empezamos; te enseñaré todo lo que he construido y te contaré mis planes para ti. Vamos a hacer algo grande, créeme. Algo enorme.

El hombre me había dado justo lo que necesitaba, una nueva dirección, un nuevo rumbo, un nuevo sentido. Sabía perfectamente que después de todo lo que había sucedido era ya incapaz de trabajar como contable, ni como cerrajero, ni de guarda en un museo. Necesitaba algo diferente, algo que me permitiera desarrollar mi potencial. ¿No es acaso el trabajo perfecto para un criminal? Lo suficientemente blanco, lo suficientemente negro. Indudablemente gris, como yo. Seguiría, pues, mi camino, corriendo, incansablemente. Mucho más allá del borde del precipicio, procurando, como el coyote, no mirar nunca hacia abajo.

NOTA DEL AUTOR

¡Vaya! Has llegado hasta aquí. Eso ya significa mucho para mí. Podría decirse que he cumplido mi objetivo. Al menos el primero; y es que el primer objetivo cuando escribes un libro es que el lector lo termine. El segundo es que le haya gustado. Y el tercero es que quiera seguir leyendo.

Para eso último puedes [entrar aquí](#) y darme tu email, así te podré escribir cuando saque nuevo libro:

aaronamat.com

Empecé a escribir este libro mientras estaba en mitad del mar. A una parte de mí le gustaría quizá decir que estaba a bordo de un buque mercante o que el barco era algo así como el Beagle para Darwin.

Eso sería épico, pero falso. Realmente era uno de esos cruceros masivos llenos de turistas con chanclas y calcetines. Una maravilla moderna de la ingeniería con buffet libre, piscinas y pizzas recalentadas.

Con respecto a mi estilo: Me gustan las historias que parten de una premisa absurda. Un único elemento absurdo sobre el que se edifica todo un universo racional y ordenado. Lo que los ingleses llaman "one big lie". Todas mis historias se basan en una gran mentira, al principio defendida racionalmente a lo largo de la historia.

Aaron

Si quieres saber más de mí, también puedes seguirme y escribirme por [Instagram](#).